

Selección



CLARK CARRADOS

EL GENIO DE LA MUERTE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

357 — Una cripta para Jezabel, *Curtis Garland*.
358 — Contrato satánico, *Clark Carrados*.
359 — Vencida por el espanto, *Ada Coretti*.
360 — El mal infinito, *Clark Carrados*.
361 — El gato que ríe, *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

EL GENIO DE LA MUERTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 362
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 41.553 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

La mujer corría enloquecidamente en la oscuridad. No sabía adónde se dirigía; lo único que quería era salvar la vida y lo conseguiría si lograba eludir el acoso de sus perseguidores.

Caía una tormenta de aguanieve, que hacía la noche cruda e inclemente. Ella apenas si notaba las gotas y los copos que iban empapando poco a poco sus ya maltrechos ropajes.

El pelo se le había soltado hacía mucho rato y estaba asimismo completamente empapado de agua.

Detrás de ella se percibían unos extraños sonidos: chasquidos, gruñidos, silbidos... Eran sonidos que, en ocasiones, parecían carcajadas de hiena. De repente, algo apareció ante sus ojos. Ella atropelló aquella cosa y la hizo caer por tierra, chillando agudísimamente.

De repente, la hombrera de su vestido se enganchó en una rama. La tela se rasgó casi por completo y más de la mitad del vestido quedó en el matorral. La mujer no detuvo por ello su marcha, sino que aceleró aún más la velocidad de su frenética carrera.

Empezó a sentir dolor en los costados El corazón latía alborotadamente. Pronto comprendió que no podría mantener por mucho tiempo su ritmo. Entonces, sus perseguidores caerían sobre ella y...

Súbitamente, a través del agua y la nieve que seguían cayendo implacablemente, divisó un tenue rayo de luz.

La esperanza puso fuerza en sus músculos, casi exhaustos. Apretando los dientes, corrió hacia aquel resplandor. De pronto, se encontró fuera del bosque, en una amplia explanada, en cuyo centro se veía la luz.

Unos segundos más tarde, llegaba ante una recia puerta de madera, que golpeó fuertemente con ambas manos.

—¡Abra! ¡Abra! —Gritó, sintiendo su corazón a punto de estallar—. ¡Por el amor de Dios, abra!

* * *

La noche era fría, tremendamente desapacible. Arrellenado en un cómodo sillón de orejeras, Ben Rinngold Coslar se sentía en el mejor de los mundos, junto a la chimenea en la que ardían alegremente varios gruesos troncos

El ambiente, dentro de la casa, era diametralmente opuesto al que reinaba en el exterior. Coslar, Ringo para los íntimos, notaba que empezaba a recuperar el equilibrio perdido hacía algunas semanas. A veces se decía que no valía la pena tomarse las cosas tan en serio. Pero había ocasiones, añadía a continuación, en que ni uno mismo mandaba en los propios sentimientos.

En la casa no había radio ni televisión. Coslar se sentía en el mejor de los mundos. A veces, le parecía hallarse en otro planeta, completamente solo,

tanto como Robinson Crusoe en su isla desierta. Claro que en el garaje estaba su coche y Londres tan sólo a doscientas millas de distancia. Las diferencias, lógicamente, eran considerables.

El silencio era absoluto Tan sólo se oían, ocasionalmente, algunos chasquidos de los troncos que se quemaban en la chimenea. Aquel silencio se hacía abrumador, a veces, pero Coslar se daba cuenta que era la mejor cura para sus nervios, tan desquiciados en los últimos tiempos.

De repente, cuando más tranquilo se sentía, oyó unos fuertes golpes en la puerta. Una voz, llena de angustia, clamó:

—¡Abra, abra! ¡Por el amor de Dios, abra!

Tremendamente sorprendido, Coslar se puso en pie de un salto. El libro que estaba leyendo rodó sobre la alfombra.

Corrió hacia la puerta y abrió. Una mujer cayó en sus brazos, derribándole casi al suelo.

—Protéjame, por favor... Me persiguen... Quieren matarme...

En un instante, Coslar se dio cuenta de que ella parecía a punto de desfallecer por agotamiento. También apreció que estaba medio desnuda y que apenas tenía unos trozos de tela en torno a las caderas. Lo único relativamente indemne de su vestuario era el calzado, unas botas de piel, altas, de medio tacón, que, sin embargo, acusaban los efectos del mal tiempo que reinaba en el exterior

A pesar de la sorpresa, Coslar supo mantener la serenidad suficiente para cerrar la puerta y echar la barra de seguridad. Luego, sosteniendo a la mujer por la cintura, la condujo hasta su propio sillón, junto al fuego.

—Aquí está segura, señora —dijo—. Aguarde un momento, voy a traerle algo de ropa.

Era joven, observó, y muy hermosa. Los senos eran redondos y firmes y la cintura muy delgada Fue al dormitorio y volvió rápidamente con una bata acolchada en las manos.

—Póngasela —indicó.

A continuación, Coslar buscó una botella y puso coñac en una copa, que entregó a la joven de inmediato. Ella parecía sentirse mejor y agradeció el gesto con pálida sonrisa

—Está segura —insistió—. Pero es preciso que se cuide o pillará una pulmonía.

Se arrodilló frente al sillón.

—Voy a quitarle las botas —añadió—. Ah, me llamo Coslar.

—Yo soy Mavis Skrane —dijo ella—. Créame, me creía ya muerta, cuando vi la luz de su casa...

—Seguramente, me olvidé de cerrar uno de los postigos. —Coslar había descalzado ya a la joven y empezó a friccionarle los pies enérgicamente—. ¿Puedo saber quién la persigue, señora Skrane?

—No estoy casada —respondió Mavis—. ¿Ha oído hablar alguna vez de Seckhill Tower?

Coslar frunció el ceño

—Me parece que está a unas dos millas y media hacia el Norte —dijo—. Pasé una vez por las inmediaciones y vi la silueta por encima de los árboles, pero no se me ocurrió que pudiera estar habitada.

—Allí vive un asesino un genio del mal —exclamó Mavis excitadamente —. Un hombre verdaderamente horrible. Quería asesinarme, como hizo con la que ocupó antes mi puesto...

Coslar empezó a preguntarse si aquella hermosa joven no padecía alucinaciones.

—Se llama Seamus Farhack —continuó ella—. Puso un anuncio en los periódicos. Yo acudí como una tonta y he estado a punto de dejar la vida en aquel espantoso lugar.

—¿Un anuncio? —se extrañó Coslar. Los pies de Mavis habían reaccionado ya y se levantó para mover el sillón un poco y orientarlo mejor hacia el fuego—. ¿Qué decía ese anuncio?

—Solicitaba una mujer joven, con diez mil libras de capital, para ganar el cuarenta por ciento en tres meses. Ofrecía buenos avales y la oferta me interesó.

Coslar apretó los labios para no echarse a reír. Siempre había tipos desaprensivos, que se aprovechaban de «primos» ingenuos con dinero, para desplumarlos rápida y hábilmente. En el caso de Farhack, se dijo, había mucha más habilidad que lo corriente en asuntos similares. Farhack no ofrecía un beneficio disparatado, ciento por ciento o cosa así, sino un atractivo y más lógico cuarenta por ciento. Realmente, invertir diez mil libras para ganar cuatro mil en tres meses era una oferta tentadora.

—¿Y bien?

—Acudí a Seckhill Tower y Farhack me consideró como su huésped. Me explicó el negocio por encima y me enseñó toda suerte de escritos y fotografías. La verdad, casi llegó a convencerme.

—Casi, pero no del todo.

Mavis apuró el coñac de su copa.

—Farhack no parecía tener prisa en concluir el trato —manifestó—. Estuve allí casi una semana, moviéndome con entera libertad, a pesar de sus... enanos.

—¿Enanos?

Estupefacto, Coslar abrió la boca.

—Sí, sus servidores. Le obedecen ciegamente. Siempre hay uno a su lado, pendiente de sus menores gestos. Confieso que, en los primeros momentos, me sentí muy impresionada, pero luego me acostumbré v va los toleraba sin dificultad. Eran corteses hasta extremos casi ridículos, incluso graciosos...; pero hoy he podido ver que son fieras de dos patas.

—Bien, pero ¿qué le hizo huir de Seckhill Tower? —preguntó Coslar, lleno de curiosidad

Mavis alargó la mano con la copa vacía. Coslar entendió el gesto y fue en

busca de la botella.

—Hubo otra incauta antes que yo —dijo ella, después de un nuevo sorbo. Se estremeció—. Está muerta —agregó.

—¿Ha visto el cadáver?

—He visto lo que queda de su cuerpo. Creo que esa visión no se borrará jamás de mi mente. Está en un... frigorífico... y faltan enormes trozos de su cuerpo, cortados con cuchillas de carnicero. ¡Es la comida de esos repugnantes enanos!

Coslar no sabía qué pensar. Mavis parecía completamente despierta y, por otra parte, no tenía el aspecto de una persona adicta a las drogas. Pero lo que acababa de decir resultaba excesivo.

—Mavis..., ¿está segura de lo que dice? —preguntó, escéptico.

Ella hizo vivos gestos de asentimiento.

—Completamente —aseguró con gran vehemencia—. Lo descubrí hoy mismo. El frigorífico está en una habitación, cerrada con llave hasta ahora. Alguien se descuidó de cerrarla. Yo había pasado por la puerta más de una vez y traté de entrar, pero al ver que estaba cerrada desistí de ello Sin embargo, hoy la vi entreabierta y fue cuando me di cuenta de que allí había un frigorífico, enorme, de gran capacidad. Me extrañó verlo y quise saber lo que había en su interior. No hay estantes; de este modo, un cuerpo humano, en pie, cabe sin dificultad.

—De modo que allí se conservan los restos de una mujer que fue asesinada y que ahora sirve de alimento a los enanos.

—Se lo juro, señor Coslar. Lo único intacto es la cabeza y el frío la mantiene con todos sus rasgos. Era joven, bonita..., y ahora es sólo una res conservada por el frío, para festines caníbales...

Mavis cerró los ojos un instante.

—Cuando vi aquello, me quedé paralizada... No sé cuánto tiempo estuve allí; lo mismo pudieron ser dos segundos que un cuarto de hora... Pero lo vi todo, todo, con absoluto detalle..., y entonces comprendí que yo acabaría también en el frigorífico... cuando me hubiese desprendido de las diez mil libras. Apenas entró esa idea en mi mente, supe que tenía que marcharme inmediatamente de Seckhill Tower.

—Y se escapó.

—Sí, pero me vio Roo, uno de los malditos enanos. Empezó a chillar y sólo tuve tiempo de derribarlo de un empujón Ya no podía hacer el equipaje; ni siquiera tenía tiempo de ir al garaje en busca de mi coche. El único recurso era huir de la casa como fuese... —Mavis sonrió tristemente—. ¿No me cree, verdad, señor Coslar?

—Si lo que dice es cierto, sería preciso avisar a la policía Aunque no ahora, con esta noche tan infame. Esperaremos hasta mañana; aquí está segura y...

De súbito, Mavis lanzó un chillido, a la vez que tendía la mano hacia la ventana.

—¡Allí! ¡Está allí! ¡Es uno de esos horribles enanos!

Coslar volvió la cabeza. Fue una visión que duró una fracción de segundo, pero suficiente para que pudiera captar los detalles de un espantoso rostro, muy pequeño, de forma triangular y con unas extrañas cicatrices en los pómulos y mejillas.

El individuo desapareció casi en el acto Coslar se maldijo por no haber cerrado aquel postigo.

—Tengo una solución —exclamó.

Colgada de una de las paredes, había una escopeta de caza. Coslar la agarró con ambas manos, comprobó la carga y se fue resuelto hacia la puerta, que abrió de par en par.

Un turbión de agua y nieve entró por el hueco. Coslar dio un par de pasos fuera y descargó al aire los dos cartuchos Las detonaciones resonaron fragorosamente por encima de los aullidos del viento.

A continuación cerró y se volvió sonriendo hacia la joven.

—Esos dos disparos les harán saber que no estamos indefensos —dijo.

Cargó la escopeta de nuevo y la apoyaba junto a la puerta Luego repasó todos los postigos de la casa.

—Mavis, ahora podrá dormir tranquila —aseguró.

—¿De veras lo cree así, señor Coslar?

—No me cabe la menor duda. Y llámeme Ringo, como hacen todos mis amigos.

Era preciso dar ánimos a aquella joven tan abrumada por los herrares que había presenciado. Mavis hizo un esfuerzo y consiguió sonreír.

—Creo que conseguiré dormir, Ringo —respondió.

CAPITULO II

Sonaron unos golpes en la puerta del dormitorio.

—¡El desayuno está listo! —anunció Coslar.

Mavis se desperezó en la cama. De pronto, se percató del lugar en que se hallaba y se despertó de golpe

Sentada en la cama, se contempló a sí misma con lástima. Estaba completamente desnuda. Todo lo que le quedaba de su indumentaria eran los pantaloncitos de encaje y las botas, que habían quedado junto a la chimenea.

—Saldré en seguida, Ringo —anunció.

Fue al baño y se arregló lo mejor que pudo. Al terminar, se puso la bata del joven.

Coslar acercó la silla a la mesa y ella se sentó.

—Huevos, tocino, mantequilla, tostadas, mermelada, té y café —anunció él alegremente.

—Un verdadero banquete —dijo Mavis.

De pronto, se puso una mano en la boca.

—También se celebraban banquetes en Seckhill Tower —murmuró.

—Vamos, vamos, procure olvidarlo. Usted es joven, fuerte, animosa... En esas circunstancias, la reacción sobreviene con rapidez.

—Ojalá sea como dice, Ringo —deseó ella tristemente.

—Se le pasará, créame.

Al final, el apetito venció las aprensiones de Mavis. Cuando terminó de desayunar, miró a su anfitrión.

—¿Y ahora, Ringo?

—Usted no tiene ropa —dijo él—. Yo puedo prestarle, sin embargo, una camisa, pantalones y un sweater. El tiempo ha mejorado considerablemente. Luce un sol radiante y el bosque presenta un aspecto maravilloso. Mavis, sinceramente, creo que deberíamos ir a Seckhill Tower.

—¿Para qué, Ringo?

—Debe reclamar su equipaje.

—Pero...

—No tema, llevaré la escopeta en el coche.

—Farhack se negará...

—Estudiaré sus reacciones y obraré en consecuencia.

—Pero es un asesino —objetó ella.

—Mavis, ¿se da cuenta de que Farhack sabe que la ha perdido a usted?

—Y eso, ¿qué significa, Ringo?

—Es muy sencillo. A estas horas, el cadáver de la otra joven ha desaparecido ya.

Mavis consideró la respuesta durante unos segundos.

—Muy bien —dijo al cabo—. A fin de cuentas, no me hace ninguna gracia perder una maleta llena de ropa, un chaquetín de buenas pieles y un coche.

—De acuerdo —dijo él—. En mi dormitorio encontrará la ropa que necesite. Ah, sus botas ya están completamente secas.

—Gracias, Ringo —sonrió la joven—. Me pregunto qué habría sucedido de no encontrarle a usted aquí.

—Mavis, eso pertenece ya al pasado. Ande, vístase; cuanto antes solucionemos el problema de su equipaje y el del coche, será mejor para todos.

—Sí, tiene razón

Minutos más tarde, salían hacia Seckhill Tower en el coche de Coslar. No había camino directo, de modo que tuvieron que dirigirse primero hacia la carretera y luego, a un par de millas, tomar una especie de sendero, que serpenteaba entre lomas cubiertas de espeso arbolado.

De repente, vieron alzarse una espesa nube de humo negro.

—¡Es Seckhill Tower! —Exclamó Mavis.

Coslar pisó el acelerador. El coche remontó la última pendiente. Al llegar a la cima, frenó y paró el motor.

Seckhill Tower, a trescientos metros de distancia, era un inmenso brasero. El edificio ardía desde el tejado a los cimientos, completamente envuelto en llamas.

Coslar y Mavis se apearon casi maquinalmente, atónitos por el inesperado espectáculo que se ofrecía a sus ojos. En el mismo momento, Coslar comprendió que ya no se podía hacer nada por castigar el crimen cometido por Farhack.

—Hasta el más tonto comprendería que se ha dado a la fuga —dijo.

—Acompañado por sus seis horribles enanos caníbales —añadió la joven.

El incendio tenía una salvaje grandiosidad, que atraía sus miradas con morbosa atención. Mavis extendió los brazos primeramente y luego los dejó caer a lo largo de los costados.

—Ahí se quema todo mi equipaje —exclamó.

—Mavis, no lo lamente. Ha conservado la vida, que es lo más importante —dijo Coslar, sentenciosamente.

—Pero él debería haber muerto ahí, en las llamas —dijo la joven furiosamente, casi gritando.

—Algún día pagará sus crímenes, señora —sonó de pronto una voz a espaldas de la pareja.

Coslar y Mavis se volvieron a un tiempo, enormemente asombrados de saber que había alguien junto a ellos. El hombre, alto, delgado, de ojos muy brillantes, contemplaba con fijeza el curso del incendio.

—He llegado tarde, pero un día podré alcanzarle a tiempo —añadió el desconocido sombríamente.

Coslar avanzó un paso hacia el sujeto.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Eso carece ahora de importancia. Hace mucho tiempo que persigo a ese archicriminal que se hace llamar Seamus Farhack. Una vez más he llegado

tarde, repito; pero, inexorablemente, vendrá un día en que pueda ponerle la mano encima para castigar sus repugnantes crímenes.

—No me cabe la menor duda, señor —dijo Coslar—. Pero ¿he de deducir que el nombre de Farhack no es el auténtico de ese individuo?

—Aquí usaba ese nombre. Tiene otros muchos. Pero sólo uno le corresponde con todo derecho: Genio de la Muerte.

El desconocido ya no añadió una sola palabra más. Cortésmente, se quitó el sombrero y luego, girando sobre sus talones, se encaminó hacia el coche que aguardaba a veinte pasos de distancia y junto a cuya portezuela había un chófer correctamente uniformado.

El hombre entró en el coche y su conductor I9 hizo arrancar a los pocos instantes.

Maniobró para virar y luego se alejó con la mayor velocidad posible en aquel deteriorado camino.

Coslar y Mavis se sentían tan desconcertados, que no tuvieron ánimos para pronunciar una sola palabra, tremendamente asombrados por la aparición de aquel desconocido. De súbito, se oyó un aterrador estruendo.

El tejado de Seckhill Tower acababa de hundirse, arrastrando en la caída la estructura de los dos pisos de que constaba el edificio. Pareció como si en aquel lugar eructara repentinamente un volcán. Las llamas se hicieron unos momentos más altas, pero pronto empezaron a declinar Coslar comprendió que, a partir de aquellos instantes, Seckhill

Tower era algo destinado al recuerdo de los habitantes de la comarca.

* * *

Había terminado el trabajo del día y estaba repasándolo, sintiéndose satisfecho de la tarea. Todos sus problemas habían desaparecido ya. A veces se reía de sí mismo, apostrofándose por haberse portado como un tonto en un asunto que no tenía la importancia que él había querido concederle. Había vuelto a la normalidad y volvía a ser el hombre optimista y alegre de unos meses antes.

De pronto, llamaron a la puerta. Coslar se levantó, salió de su gabinete de trabajo, cruzó la sala y abrió.

—Hola —dijo ella.

Coslar parpadeó unos instantes. La joven llevaba puesto un traje de vivos colores y en el brazo izquierdo una chaqueta de lana y el bolso. Él pelo quedaba suelto, largo sobre la espalda, brillante como hebras de oro puro.

—Esa cara me parece conocida —dijo Coslar.

—Cuando me viste la primera vez, llevaba mucha menos ropa —contestó Mavis—. ¿Cómo te encuentras, Ringo?

Impulsivamente, se arrojó a su cuello y le besó en ambas mejillas.

—Hacía tiempo que no nos veíamos, me parece —añadió con viveza—. Claro que nuestro primer encuentro sucedió a primeros de diciembre y

estamos entrando en mayo. Buena diferencia, ¿eh?

Coslar sonrió.

—Entra —invitó—. Prepararé algo de beber...

—Té, no tengo ganas de alcohol.

—Muy bien. Anda, acomódate a tu gusto

Unos minutos más tarde, estaban sentados en el mismo diván. Mavis, con las piernas cruzadas, encendió un cigarrillo y lanzó el humo a lo alto.

—¿No tienes nada que contarme, Ringo? —preguntó.

—Nada Ahora hago una vida completamente normal. Trabajo mucho y no puedo quejarme de mis ingresos.

—¿A qué te dedicas, Ringo? Nunca me lo dijiste... Pero si soy indiscreta, no me contestes, por favor.

—Oh, en absoluto, no tengo nada que ocultar. Escribo artículos para revistas científicas y también, aunque más asequibles a la masa, para otras revistas de temas generales.

Aparte de eso, escribo cuentos cortos de todas clases; lo mismo policíacos, que de ciencia ficción, que de misterio y «suspense»... En fin, aunque me esté mal decirlo, tengo una firma acreditada.

Mavis se reclinó en el diván, a la vez que se volvía un poco hacia él, admirada y exclamó:

—Nada menos que toda una celebridad. Me siento empequeñecida a tu lado, Ringo.

—Oh, no me eches incienso. Mi trabajo me da más dinero que fama y ésta no es excesiva. Pero me siento contento con lo que hago y no pido más.

—Una forma de pensar muy sana —aprobó ella—. Ringo, ¿has pensado alguna vez en lo que pasó en Seckhill Tower?

Coslar asintió.

—Sí, desde luego. Pero no se encontró el menor rastro de la joven asesinada.

—Los expertos dijeron que le fuego había sido tan intenso, que tuvo que calcinar hasta los huesos. El frigorífico apareció, retorcido por las llamas, pero el cadáver debió de ser extraído antes y depositado en el lugar donde el foco del incendio iba a ser más intenso.

—Y no se ha sabido nada más de Farhack.

—Ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra. Una cosa sí se ha podido averiguar con certeza. Por el momento, sin embargo, se la considera como persona desaparecida, ya que no ha aparecido el menor rastro de su cadáver. Pero se sabe que una tal Jenny fue allí cuatro semanas antes que yo y no ha regresado a su casa. Era soltera, con bastante dinero, y tenía un hermano, que es quien declaró a la policía lo de su viaje a Seckhill Tower. Aún hay más: en la cuenta de Jenny apareció una transferencia de veinte mil libras.

—A ella le pidió más dinero que a ti —dijo Coslar.

—Sería que estaba en condiciones de darlo. Lo que sí es cierto que esa

suma fue transferida al banco local y que Farhack sacó el dinero la misma mañana en que ardió la mansión. A partir de ese momento, se pierde su rastro.

—Y el de los enanos.

—No se les ha vuelto a ver. En realidad, nunca se les pero no pasaban de eso, simples rumores. Aparte de Farhack, las únicas personas que los vieron fuimos Jenny y yo.

—Es curioso —observó Coslar—. Aquella casa parecía muy grande. Alguien debería cuidarse de la limpieza, la cocina...

—Los enanos se ocupaban de todo. Lo único que no hacían era ir al pueblo a por provisiones. Farhack se ocupaba personalmente de ello... y compraba cerdos enteros.

Coslar se estremeció.

—Si aquellos enanos eran caníbales... Los habitantes de Nueva Guinea, de Papuasia y de otros lugares donde se practicaba el canibalismo, llamaban a sus víctimas humanas el «cerdo largo».

—De cuando en cuando, imagino, debían de sentir deseos de comer auténtico «cerdo largo», aunque perteneciese al sexo femenino.

—Mavis, ¿estás segura de lo que viste?

Ella cerró los ojos unos instantes.

—Sí, Ringo —contestó tajantemente—. Lo vi y aún no se ha borrado de mi memoria. Por favor, no me obligues a repetir ciertos detalles...

—Lo siento, ya no te lo mencionaré más. ¿Otra taza de té?

—Claro —accedió Mavis, sonriendo—. Fue una suerte que te encontrase en aquella casa tan solitaria... ¿Qué hacías tú allí, un hombre joven apuesto, lleno de vida y de vigor?

Coslar hizo una mueca.

—Tuve un desengaño amoroso —respondió—. Parece tonto en esta época, pero me afectó muchísimo.

—¿Se te ha pasado ya?

—Por supuesto. Aunque me costó un poco, acabé por llegar a la conclusión de que no era cosa que mereciese la pena.

Mavis levantó su taza de té.

—Por esa mala pécora que te abandonó y te hizo refugiarte en aquella casa, lo que salvó mi vida. Al menos, yo le estoy muy agradecida.

—Sobre eso, no cabe la menor duda. Mavis, ¿piensas invertir tu dinero en asuntos como el que te propuso

Farhack?

—Oh, no —contestó ella, con una alegre carcajada—. Ahora se ocupa mi banco. Gano menos, pero es mucho más seguro.

Coslar la miró atentamente. Mavis debía de andar por los veinticinco años y era una mujer llena de alegría y vitalidad, además de muy hermosa. Ella captó bien pronto el sentido de aquella mirada y le echó los brazos al cuello.

—Ringo —murmuró.

Las dos bocas se fundieron en un ardiente beso. El contacto duró un buen

rato. Luego, de pronto, Coslar empezó a tantear, hasta encontrar los botones de la parte superior del vestido

Ella seguía besándole, mordiéndole en ocasiones, acometida por una irrefrenable oleada de pasión. Dejó que Coslar siguiera su tarea y también permitió que la llevase en brazos hasta el dormitorio.

CAPITULO III

Estaba tendida de costado, con la cabeza apoyada en el pecho masculino, que acariciaba lenta y amorosamente. Coslar rodeaba su cuerpo con el brazo derecho.

—Desde luego, una cosa es segura, Ringo —dijo Mavis de pronto.

—Dime, encanto.

—Estás curado de tu fracaso amoroso.

—¿Cómo lo sabes?

Mavis rió alegremente.

—¡Menuda demostración me has hecho! —exclamó—. ¿Siempre eres tan... arrollador?

—Sólo cuando la víctima merece la pena —contestó él.

De pronto, Mavis, completamente desnuda, se irguió en el lecho, a la vez que se daba una palmada en la frente.

—¡Cielos, qué tonta soy! —exclamó—. Si casi había olvidado lo más importante...

—Ah, pero ¿había algo más importante que «esto»? —preguntó Coslar riendo.

—Bueno, es otro asunto —dijo ella—. Aguarda un momento, cariño.

Mavis se levantó y corrió ágilmente hacia la sala, A los pocos momentos, regresó, espléndidamente desnuda, con un papel en la mano.

—Míralo —exclamó.

Coslar cogió el papel. Era el recorte de una revista ilustrada, en la que aparecía el retrato de un hombre de mediana edad, de rostro difícil de olvidar aunque sólo hubiese sido visto una vez en la vida. Pasmado, Coslar reconoció al sujeto.

—Es aquel desconocido que juró perseguir a Farhack, aunque tuviese que hacerlo todos los días en su vida —exclamó—. Bueno, no dijo eso exactamente, pero lo dio a entender. Y hasta aplicó a Farhack un nombre verdaderamente aterrador. Genio de la Muerte.

—Exactamente, es el mismo —corroboró Mavis—. Mira, su nombre viene en el pie de la fotografía. Es sir Brandon Lardell, famoso explorador y antropólogo. Ahí dice que pronunció hace pocos días una conferencia en Oxford, naturalmente, sobre un tema de su especialidad.

Coslar se acarició el mentón preocupadamente

—Sería interesante conocer los motivos del resentimiento de sir Brandon contra Farhack —murmuró.

Sentada a su lado, Mavis le miró penetrantemente.

—¿Estás sugiriendo que le hagamos una visita, Ringo?

Coslar volvió la cabeza hacia la joven.

—Has hablado en plural, Mavis —dijo.

—Bueno, soy curiosa —sonrió ella.

—No estaría mal —convino Coslar—. Una visita..., ¿dónde diablos vive ese hombre?

Mavis lanzó una alegre carcajada.

—Sabía que harías esa pregunta —exclamó.

—Ya has averiguado su domicilio.

—Exactamente

Coslar echó una ojeada a su reloj de pulsera.

—Hoy parece ya un poco tarde —dijo.

Mavis le quitó la fotografía, que arrojó a un lado, y luego se puso encima de él.

—No tenemos ninguna prisa, querido —susurró ardientemente.

Las manos de Coslar resbalaron por la tersa piel de la espalda femenina.

—Sólo podemos tener prisa por una cosa —contestó.

—¿Cuál, cariño?

—Adivínala, encanto.

Mavis le mordisqueó el labio inferior.

—Entonces, no perdamos el tiempo —exclamó con cálido acento.

* * *

Terminó de arreglarse y comprobó que el nudo de la corbata quedaba en su sitio. Iba a salir un poco más pronto, para no correr riesgos con el tráfico y llegar a la hora fijada para recoger a Mavis. Entonces, llamaron a la puerta.

Extrañado, se dispuso a abrir. Unos segundos después, vio a una muchacha parada en el umbral.

—¿Es usted el señor Coslar? —preguntó ella.

—Sí, señorita...

—Cleo Moore. Deseo hablar con usted, señor Coslar.

El joven miró impaciente su reloj.

—Me disponía a salir —manifestó—. Tengo una cita muy importante, señorita Moore.

—Oh, será cosa solamente de cinco minutos. Procuraré ser lo más breve posible.

—Está bien, pase.

Cleo entró en el apartamento. Tenía las manos juntas delante, sosteniendo el bolso de cuero, y parecía un tanto irresoluta.

—Señor Coslar, sé que hace algún tiempo, fue usted, aunque involuntariamente, protagonista de un horrible suceso, cerca de un pueblo llamado Whaston-on-Lyrr. Leí los periódicos entonces, aunque muy superficialmente, pero he ido a una biblioteca pública, para leerlos de nuevo con más atención y enterarme de todo lo que sucedió en aquellas fechas.

—No fue agradable, en efecto, aunque la verdad es que yo sólo fui un figurante en la tragedia. La verdadera protagonista fue una amiga mía... y una joven a la que se da por desaparecida, porque no hay pruebas absolutas de su

muerte.

—Y sin embargo, usted cree que ha muerto.

Coslar alzó las cejas.

—¿Conocía usted a esa joven? —inquirió.

Cleo hizo un gesto negativo.

—No —respondió—. Pero temo que a mi hermana Gloria le haya sucedido algo parecido.

—¿Cómo?

—Hace cuatro semanas que falta de casa y no he vuelto a tener noticias suyas. Señor

Coslar, ¿qué me aconseja usted?

El joven respingó.

—Por favor, señorita; yo no soy policía ni tampoco detective privado —contestó—. Si teme que a su hermana le haya sucedido algo grave, acuda a Scotland Yard. Es todo lo que puedo decirle... y lamento no poder continuar, porque se me hace tarde. He de hacer una visita muy importante para mí y... Oiga, ¿por qué no viene a verme mañana?

Tendré más tiempo y podré atenderla sin apresuramientos. —Meneó la cabeza—. Si a su hermana le ha sucedido algo malo, veinticuatro horas de retraso no podrán causarle aún más perjuicios.

—Gracias, señor Coslar —dijo Cleo, a la vez que le tendía la mano—. Vendré mañana, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, señorita Moore.

Coslar se encontró con Mavis treinta minutos más tarde. Ella estaba ya en la acera y, una vez en el coche, señaló su reloj de pulsera con el índice de la mano derecha.

—Veintinueve segundos —exclamó alegremente. Le besó en la mejilla—. ¿Cómo te encuentras, amorcito?

—En lo personal, maravillosamente. En otros aspectos, no tanto —contestó él.

—¿Problemas con algún editor?

—No. Ha venido a verme una chica, que leyó en los periódicos el caso Seckhill Tower.

Dice que teme que a su hermana le haya sucedido algo parecido.

Mavis lanzó una exclamación de asombro.

—¡Farhack ha vuelto a las andadas!

—Sir Brandon lo dio a entender; la carrera criminal de ese hombre sólo se puede detener de una forma —dijo Coslar.

Un estirado mayordomo les recibió más tarde, informándoles que sir Brandon había tenido que salir y que no regresaría sino hasta la noche. Coslar y Mavis disimularon su contrariedad lo mejor que les fue posible. Ciertamente, sir Brandon vivía a una hora de Londres y volver al día siguiente, sin tener seguridad de encontrarle, no era una perspectiva demasiado agradable.

De pronto, Coslar tuvo una idea. Sacó una tarjeta y escribió algo en el dorso. Luego la puso en manos del mayordomo.

—Tenga la bondad de entregársela a sir Brandon cuando regrese —solicitó —. Dígale que la señorita y yo estábamos presentes cuando se quemó la mansión cuyo nombre está ahí escrito. Por favor, dígale que me telefonee para concertar una entrevista; es muy necesario.

El mayordomo se inclinó

—Así lo haré, señor —respondió cortésmente.

En el coche, con las manos en el volante, Coslar volvió los ojos hacia la joven.

—Preciosa, el día está perdido —dijo—. ¿Qué hacemos?

—Podríamos comer en algún sitio. Luego te invitaría a una copa en mi apartamento...

—Acepto la idea del almuerzo, pero la copa en tu apartamento debe quedar pospuesta.

Tengo trabajo, Mavis.

—Otro día será, no te preocupes —contestó ella jovialmente.

* * *

La señora Brown-Hartley, Eunice de nombre, era una dama de buena estatura y formas más que opulentas, pese a su incesante lucha con la dieta alimenticia. Cada vez que la señora Brown-Hartley asistía a alguna fiesta, su peso se veía incrementado en dos etapas.

En la primera, por el peso de las joyas que acarreaba en cuello, escote y brazos El segundo aumento de peso se debía a los canapés y bocadillos de todas clases que ingería al principio, durante y hasta después de la fiesta.

Los maliciosos decían que la fortuna de Eunice crecía al compás de sus carnes. Cuanto más exuberante aparecía, más dinero tenía. El día en que empezase a adelgazar, su fortuna, por algún misterioso conjuro, decrecería en la misma proporción. Ella lo sabía y decía que eran habladurías de los envidiosos. Era viuda desde hacía algunos años y no lo lamentaba en absoluto, sino todo lo contrario.

Aquella noche, después de la fiesta a la que había asistido, llegó a su casa y lanzó al aire los zapatos, uno tras otro. La doncella acudió a recibirla, pero Eunice le dijo que podía acostarse.

—Tomaré una ducha rápida y luego me meteré en la cama —dijo.

—Bien, señora.

La doncella, junto con la cocinera, vivían en un apartamento independiente, pero que formaba cuerpo con la casa, que era de planta y piso y bastante antigua, por lo que los techos tenían una altura muy superior a la normal. Eunice se sentía relativamente segura en su dormitorio. Todas las ventanas de la planta baja estaban bien protegidas por seguras rejas de bien templado acero. En cuanto a su dormitorio, teniendo en cuenta que el suelo de

la planta baja quedaba a un par de metros del jardín, más la altura del techo, se hallaba a casi siete metros. La pared estaba poco menos que desnuda, sin plantas trepadoras y, a menos que se utilizase una escalera de cuerda, nadie podría entrar en la estancia.

Una vez se hubo quedado sola, empezó a quitarse las joyas: una valiosa diadema, de brillantes rubíes y esmeraldas, con una perla como joya principal; los pendientes, dos perlas en montura de platino y diamantes; un magnífico collar de esmeraldas, dos enormes pulseras de oro y piedras preciosas y un par de sortijas, una de las cuales tenía un diamante de nada menos que cincuenta quilates. Las joyas quedaron en una caja de madera de sándalo, forrada de terciopelo negro. Era un volcán de destellos cegadores, realmente atractivo.

La señora Brown-Hartley se desvistió y luego fue al baño, Al terminar, se envolvió en una bata de felpa y se dispuso a acostarse. Entonces, al regresar al dormitorio, vio «aquello».

Eunice chilló.

El intruso, sorprendido, se volvió hacia ella, todavía con un puñado de joyas en la mano derecha. En la izquierda tenía un saquete de tela negra.

Los pulmones de la señora Brown-Hartley eran muy poderosos. El intruso se asustó primero. Luego se enfureció y enseñó los dientes.

Eunice, sin embargo, era una mujer resuelta y se arrojó hacia el ladrón, arrollándolo con su humanidad. El ladrón rodó por tierra, con los pies por alto, pero se levantó con increíble agilidad.

A su vez, contraatacó.

Durante una fracción de segundo, Eunice vio unos ojos de indescriptible malignidad y unos dientes blanquísimos, triangulares, en un rostro horriblemente oscuro. Luego los dientes se clavaron en su antebrazo con terrible ferocidad.

Eunice volvió a lanzar un espantoso alarido al sentir aquél vivísimo dolor en su carne. El intruso mordía y sacudía la cabeza, como si fuese un perro de guarda sujetando a su presa. Ella le golpeó la cabeza con la mano libre, sin demasiada fuerza, sólo por puro instinto de defensa, pero, de súbito, el dolor ascendió hasta límites totalmente insoportables. Creyó que le arrancaban el brazo y se desmayó.

El intruso, con la boca completamente ensangrentada, terminó su tarea en contados segundos, sin dejar de mover las mandíbulas y sin prestar la menor atención a la mujer que yacía sobre el pavimento, sangrando de una forma horrible por la enorme herida que tenía en el brazo. Luego, como un mono, se deslizó a través de la ventana hacia el suelo y se perdió en la oscuridad de la noche.

Los gritos de la señora Brown-Hartley habían sido muy fuertes y llegaron hasta el apartamento de la servidumbre Cuando la cocinera y la doncella, muy alarmadas, llegaron al dormitorio, se encontraron con un espectáculo horroroso.

CAPITULO IV

Coslar terminó la lectura del periódico, tremendamente asombrado por el relato del suceso ocurrido poco antes de la medianoche y que había podido ser incluido en una edición extraordinaria: Antes de que pudiera releerlo, sonó el teléfono.

Era Mavis.

—Ringo, ¿has leído el periódico?

—Sí. Lo comentaremos más tarde. ¿Te parece bien?

—De acuerdo.

Coslar colgó el teléfono y volvió su atención al diario. Pocos minutos más tarde, llegó a la conclusión de que a sir Brandon le interesaría conocer la noticia. Quizá, dado su relativo alejamiento de la capital, no podría enterarse de lo sucedido hasta la tarde, pero ellos estaban citados para la una, según la llamada que la noche anterior había efectuado el mayordomo por encargo de su señor.

Transcurrieron algunos minutos. El teléfono volvió a sonar de nuevo.

—Coslar —dijo el joven.

—Soy Cleo Moore. Señor Coslar, le he llamado para saber a qué hora le conviene que vaya a visitarle.

—Se lo agradezco infinito. Precisamente, tengo que hacer una visita de la cual pienso que podré obtener valiosos informes. ¿Podría venir a las seis?

—Claro, señor Coslar.

—Perfectamente. Entonces... Oiga, señorita Moore, por favor. La persona a la que voy a visitar tendrá mucho interés, estoy seguro, en el caso de su hermana Gloria. Déme algunos datos, se lo ruego.

—Muy bien. El hombre es Septimus Stronglord. Vive en Black House, Redmont.

—¿Puedo saber para qué fue a Black House?

—Negocios, señor Coslar. Gloria no me dijo qué clase de negocios. Es una mujer muy independiente. Nos quedamos huérfanas hace algunos años y, al llegar a la mayoría de edad, nuestro tutor nos entregó la herencia, dividida en dos partes iguales.

—Está bien, es suficiente; me dará más detalles a la tarde. Gracias, señorita Moore.

Coslar colgó el teléfono. Poco antes de las doce, se reunió con Mavis.

—¿Has leído el periódico antes o después del desayuno? —preguntó.

—¡Ringo! Hay bromas que son muy desagradables —protestó ella.

—Lo siento, encanto. Pero esta vez el buen Farhack parece que ha cambiado de procedimiento, ¿no crees?

—El valor de las joyas supera las doscientas mil libras, Ringo.

—Lo sé. Sin embargo, la señora Brown-Hartley daría diez veces más dinero por recuperar lo que ha perdido irremisiblemente.

—He oído un noticiario radiado —dijo Mavis—. Han dado más detalles. Ella estuvo a punto de morir desangrada. El mordisco llegó hasta el hueso y, según los médicos, fue causado por unos dientes terriblemente afilados. Se le llevó un gran pedazo de carne... y no ha sido encontrado.

Mavis se estremeció.

—Seguramente...

Coslar asintió.

—Seamos claros; se lo comió.

Mavis se puso una mano en la boca. Coslar dejó que la joven se repusiera por sí mismas. Luego hizo una pregunta;

—¿Le vistes los dientes?

—Sí. Eran triangulares, espantosamente afilados. Infundían pavor sólo de verlos, cuando sonreían... Es curioso, mientras estuve allí, se portaron con gran amabilidad, tratando de adivinar y satisfacer mis menores deseos, sonriéndome constantemente y procurando evitarme el menor esfuerzo. Una vez me habitué a ellos, incluso me resultaron simpáticos. Eran como animalitos cariñosos...

—Sí, vamos, Blancanieves y los seis enanitos.

—No te burles, Ringo. Me trataron maravillosamente.

—Mi tía tiene un animal doméstico y lo trata maravillosamente, hasta la víspera de Navidad. Es un pavo.

—Y luego —dijo ella, sin hacer caso de la ironía—, se convirtieron en auténticas fieras...

Coslar palmeó la rodilla de la joven.

—Ten ánimo —dijo afectuosamente.

* * *

—De modo que ustedes son los dos jóvenes a quienes vi aquel día trágico, en Whaston-on-Lyrr —dijo sir Brandon.

—En efecto —contestó él—. Yo soy Ringo Coslar. Ella es Mavis Skrane. Le agradecemos infinito que haya accedido a recibirnos, sir Brandon.

—Siéntense, por favor —invitó el dueño de la casa—. ¿Les apetece un poco de jerez?

Quizá la señorita prefiera el oporto...

—Gracias, oporto, señor —contestó Mavis.

Había algo majestuoso en el porte de sir Brandon, pensó Coslar, al verlo erguido como un pino, correctamente ataviado con elegantes prendas caseras, pero en modo alguno afectado u orgulloso, como se podía esperar en un hombre de su clase. Cuando el dueño de la casa le entregó la copa, hizo un gesto con la mano y sonrió.

—Un jerez magnífico, sir Brandon —dijo apreciativamente, después de probarlo.

—Tengo un buen amigo en el Sur de España —sonrió Lardell—. Ha

acotado una determinada área de sus viñedos y con esas uvas elabora exclusivamente el vino que me envía todos los años, en una bota de roble curado. Claro que cuando llega aquí, el vino ya lleva unas cuantas temporadas en la barrica... Pero hablemos del asunto principal.

Hablemos de ese archicriminal llamado últimamente Sheamus Farhack.

—El nombre actual es Septimus Stronglord, señor —dijo Coslar.

Lardell enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabe, muchacho?

—Y reside en Redmont, Black House. Me lo ha dicho la hermana de una joven, a la que supone desaparecida de la misma forma que desapareció Jenny Parr.

—Ese Genio de la Muerte no se detendrá hasta que alguien lo haga de la única forma que se le puede parar —murmuró Lardell—. Nunca me arrepentiré lo suficiente de haberlo llevado conmigo a Nueva Guinea, en la última expedición de estudios antropológicos que realicé por encargo de la Fundación Ralston-MacKyne

—¿Nueva Guinea? —Se sorprendió Mavis—. Yo había pensado en África, señor.

—Lamento corregirla, señorita —dijo el dueño de la casa—. Y no son enanos, como usted piensa, sino pigmeos y de una raza completamente desconocida, hasta que los descubrimos nosotros, en el más remoto lugar de aquella isla. Jamás habían visto un hombre blanco hasta que llegó nuestra expedición.

—De modo que pigmeos —murmuró Coslar—. Eso hace comprensibles algunas cosas: el color negruzco de su epidermis, por ejemplo.

—Y los dientes triangulares, afilados constantemente, símbolo de su canibalismo — añadió sir Brandon—. Pero todavía hay más. Esa raza, como digo, era completamente desconocida hasta nuestra llegada. Salvo por el canibalismo, costumbre ancestral nunca desterrada, eran muy pacíficos y amables. Pudimos estudiarlos a placer y nunca tuvimos el menor disgusto con ellos. Pero ese monstruo de maldad que es Farhack nos traicionó un día, abandonándonos a nuestra suerte. Mediante regalos, había conseguido granjearse la amistad de seis de los más feroces guerreros, que llegaron a formar una especie de guardia personal suya. Nunca lo dijo claramente, pero abrigó la sospecha, muy fundada, de que, en varias ocasiones, salió de cacería con sus pigmeos. Los nativos tienen que agruparse en grandes partidas para conseguir una presa comestible. Y Farhack, le daremos este nombre por ahora, la conseguía sin la menor dificultad; con un simple disparo de fusil. Naturalmente, ellos, dicho de una forma literal, le adoraban.

Coslar miró de soslayo a su anfitrión.

—Esa presa, me imagino, sería humana, sir Brandon.

—En efecto.

—Bueno, pero ¿para qué quería Farhack esa especie de guardia de corps? —preguntó Mavis.

—Los motivos no están bien claros del todo aún, aunque cabría suponer la satisfacción del ego y el orgullo de sentirse un ser superior, dueño y señor de seis esclavos, que le obedecen ciegamente en todo. Nunca conocí a Farhack, ésa es la verdad, pero luego pude darme cuenta de que es un individuo maligno por naturaleza. Tal vez esa maldad permanecía latente en él y sólo afloró a la superficie al encuentro con los pigmeos.

—Posiblemente —convino Coslar—. Les abandonó...

—Y se volvió a Inglaterra. Nosotros, después de muchas dificultades, conseguimos alcanzar la costa. El nos llevaba ya varios meses de ventaja.

—¿Qué pasó después? —preguntó Mavis.

—Realmente, no le podíamos hacer nada. Hubo un poco de escándalo, ciertamente, pero se disipó muy pronto. Luego... conocí la noticia de su primer crimen y entonces fue cuando adiviné sus proyectos. Jenny Parr no era, ni mucho menos, su primera víctima.

—Lo hace para satisfacer los instintos de sus pigmeos —dijo Coslar.

—Sobre todo, para obtener un beneficio. Los pigmeos le obedecen ciegamente.

Recuerden, le consideran un dios o poco menos.

Coslar asintió. Luego sacó el periódico que había llevado consigo y se lo entregó al dueño de la casa.

—Lea, por favor, sir Brandon —indicó.

Lardell sacó unos lentes del bolsillo superior de su batín y se los puso.

—Sírvanse otra copa, si lo desean —dijo.

Coslar se volvió hacia la joven.

—¿Mavis?

Ella movió la cabeza negativamente. Coslar llenó su copa y permaneció en pie, mientras sir Brandon se sumía en la lectura del diario.

Al fin, Lardell levantó la cabeza y se quitó los lentes.

—Conozco a Eunice Brown-Harley —manifestó—. Es muy presuntuosa, pero también es una excelente mujer. Debió de sufrir un shock espantoso al encontrarse con aquel pigmeo en su casa.

—A pesar de todo, no se arredró y trató de atacarle —dijo Coslar.

—La conozco bien. Eunice tiene su genio y no le gustaría la idea de verse despojada de sus joyas. Habría atacado incluso a un tipo corriente, cuanto más a un pigmeo, cuya mínima estatura debió se envalentonarla más todavía. Su mala suerte fue que no consiguió atontarle con el primer golpe y el pigmeo reaccionó como una fiera.

—Le arrancó un trozo de carne del antebrazo y no ha sido encontrado.

—No hay duda; lo devoró crudo. —Lardell frunció el ceño—. De modo que Farhack utiliza ahora a sus pigmeos para robar y conseguir buenos botines.

—Así parece, señor —convino el joven.

Los dedos de Lardell tabalearon unos momentos sobre la mesa. Luego, muy pensativo, volvió a hablar:

—Desgraciadamente, y tal como usted supone, señor Coslar, creo que nada se podrá hacer ya por Gloria Moore. Pero quizá consigamos llegar a tiempo a Black House.

—Encontraríamos las pruebas de su crimen...

—Sería preciso actuar con el máximo de discreción. Y con gran prudencia, por supuesto; Farhack es terriblemente peligroso y no digamos sus fieles pigmeos.

—Yo vi una vez a uno de ellos, pero huyó en cuanto oyó hablar a mi escopeta —dijo Coslar.

Sir Brandon volvió a reflexionar unos instantes. De pronto, exclamó:

—¿Se atreven a madrugar mañana?

—¿A qué hora, señor? —dijo Coslar en el acto.

—Aguarden un momento, por favor.

Lardell se levantó, fue a una estantería y extrajo un libro de mapas, que consultó rápidamente Al cabo de unos minutos, miró sucesivamente a sus visitantes.

—Son doscientas millas, lo que significa, al menos, cuatro horas. Más que madrugar, casi no podremos acostarnos.

—Por lo menos, yo estaré dispuesto a la hora en que usted me indique, sir Brandon.

—Y yo también —exclamó Mavis impetuosamente.

Lardell sonrió.

—Voy a hacerles una proposición. Quédense en mi casa. Regresar ahora a Londres, para levantarse poco después de medianoche, y viajar durante una hora, con la perspectiva de cuatro más en el coche, no resulta muy agradable. Si salimos de aquí a las dos de la madrugada, podremos estar en Black House hacia las seis, hora que estimo más conveniente para la incursión

—¿Qué te parece, Mavis? —consultó el joven.

—No querríamos ser una molestia... —dijo ella.

—¡Tonterías! —exclamó sir Brandon. Alargó la mano y tocó un timbre—. No se hable más; ya son mis huéspedes.

El mayordomo apareció a los pocos instantes.

—¿Señor?

—Clayton, el señor Coslar y la señorita Skrane son mis invitados. Cenarán conmigo y se alojarán en casa.

—Bien, señor.

Lardell se volvió hacia los dos jóvenes.

—Y ahora, muchachos, considérense como en su casa —sonrió—. Tengo un trabajo entre manos y querría concluirlo antes de la cena.

—No faltaría más, señor —dijo Coslar.

Salieron del despacho, Clayton dijo:

—Si desean que les enseñe sus habitaciones...

—Por ahora, no —contestó el joven—. Muchas gracias, pero la señorita y yo no tenemos más que lo puesto. Mavis, Rowland está sólo a cinco millas.

Vamos a comprarnos algo de ropa de noche, si te parece.

—Desde luego.

Cuando salían de la casa, Mavis agarró la mano del joven

—En otro sitio, no nos haría falta camisón de pijama —dijo maliciosamente.

Coslar suspiró.

—Debemos portamos como dos buenos chicos —respondió.

Al entrar en el coche, Mavis se estremeció.

—Ringo, ¿encontraremos viva a Gloria Moore?

—No lo creo —dijo Coslar, con acento lleno de pesimismo.

CAPITULO V

Las primeras luces del alba hacían batirse en retirada a las sombras de la noche. En el asiento posterior, Mavis dormitaba. A su lado, sir Brandon permanecía erecto, muy tieso, con las manos enguantadas apoyadas sobre el puño de marfil de su bastón de malaca.

El propio Coslar conducía el coche de Lardell. Sir Brandon lo había estimado así más conveniente y el joven no había encontrado ninguna objeción a la idea.

Poco a poco, la luz del día se hizo más intensa. A las seis atravesaron Redmont.

—Sólo quedan cuatro millas y media para Black House —anunció Coslar.

—Un nombre agradable —comentó sir Brandon.

—Esa clase de nombres no suelen aplicarse sin algún motivo, me parece, señor.

—La Casa Negra —tradujo Lardell—. Tan negra como el alma del hombre que ahora la ocupa.

Diez minutos más tarde, al salir de una curva, en una zona particularmente abundante en arbolado, vieron la casa, herida ya por los primeros rayos del sol.

El edificio era de planta y primer piso, y había sido construido con una piedra de color oscuro, lo cual le confería un aspecto poco atractivo, a pesar de lo elegante de su estilo arquitectónico. Había un gran jardín a su alrededor, muy bien cuidado, con terrazas escalonadas y balaustradas de piedra, rematadas en grandes jarrones del mismo material.

Coslar detuvo el coche frente a la portalada de acceso. En lo primero que se fijó fue en las ventanas completamente cerradas. No se veía humo en ninguna de las chimeneas, lo cual le hizo sentirse repentinamente suspicaz.

Lardell y Mavis se apearon cada uno por su lado. Coslar se acercó a la puerta y la golpeó con el pesado llamador de hierro que había en uno de los batientes.

Los golpes resonaron fuertemente, repitiéndose en ecos dentro de la casa. Pero no hubo respuesta alguna.

Coslar insistió un par de veces. Luego se volvió hacia sus acompañantes.

—Me parece que no hay nadie —dijo—. De todos modos, voy a comprobarlo.

Echó a correr y dio la vuelta a la casa. En la parte posterior, descubrió un cobertizo, cuyo portón estaba abierto de par en par.

Había señales de la estancia de un coche en aquel lugar, pero resultaba evidente que su dueño se había marchado va. Profundamente decepcionado, regresó a la parte delantera.

—Yo diría que no está —manifestó.

Lardell fue hacia el maletero del coche.

—Ringo, a pesar de todo, no debemos descuidar las precauciones —dijo —. He traído uno de mis rifles de caza. ¿Sabe usarlo?

—Sí, señor.

Lardell se desabrochó la chaqueta y extrajo un revólver que llevaba en el cinturón.

—Puede que esto me cueste caro, pero si encuentro a ese miserable, no dudaré en disparar contra él. ¡A muerte! —exclamó.

Coslar sacó el rifle y se acercó a la casa. Mavis, tensa, observaba las operaciones. Pero, al mismo tiempo, confiaba en la protección que le otorgaban dos hombres resueltos.

Lo primero que hizo Coslar fue romper a culatazos uno de los cristales de la planta baja.

Así pudo meter la mano y soltar el pestillo. Luego se metió dentro sin vacilar y, a los pocos segundos, abría el portón.

—Llegamos tarde, sir Brandon —dijo.

—Registremos la casa —propuso Lardell—. Yo me ocuparé de la planta baja. Si ven algo en el primer piso, griten. Y, Ringo, use el rifle sin vacilar.

—Sí, señor. ¿Vamos, Mavis?

Los dos jóvenes subieron al primer piso y empezaron a registrar las habitaciones. Una de ellas carecía de muebles en absoluto. Lo único que había eran unas cuantas esterillas, de las que se desprendía un olor nada agradable.

El siguiente dormitorio estaba completamente desordenado. Había sido ocupado, evidentemente, por una persona, que ya no se encontraba en la casa.

—Parece como si hubiera presentido nuestra llegada —dijo Mavis

Los armarios estaban vacíos. Coslar registró el dormitorio minuciosamente, sin encontrar el menor rastro de su anterior ocupante.

—Aquí no hay nada —exclamó—. Sigamos.

Pasaron a la siguiente habitación. Estaba perfectamente ordenada v en la atmósfera se percibía un ligero perfume, poco congruente con el ambiente siniestro del caserón. Mavis fue al baño y, después de abrirlo, lanzó una exclamación:

—¡Ringo, aquí!

Mavis avanzó hacia uno de los estantes de baño, en el que se divisaban algunos frascos de perfume y lociones de belleza.

—Esto es absolutamente femenino —dijo.

Coslar alargó la mano y cogió un objeto de forma circular. Era de metal esmaltado en rojo, con unas iniciales de oro.

—G. M. —dijo—. Gloria Moore.

Muy pensativo, hizo saltar la polvera un par de veces y luego se la echó al bolsillo.

—Esto puede ser una prueba —añadió—. En cambio, los frascos pueden pertenecer a cualquiera.

—Deberíamos enseñársela a sir Brandon —propuso Mavis.

—Cuando terminemos de registrar el primer piso. Aún queda una

habitación, me parece

Estaba situada al final del corredor y, según apreció, cerrada con una llave que no estaba en su sitio. Coslar la abrió por el expeditivo procedimiento de asestar un terrible puntapié cerca de la cerradura.

La puerta giró con violencia. Un gran mueble, de color blanco, apareció inmediatamente ante sus ojos.

—Mavis, no entres, no mires —dijo.

Ella se volvió instantáneamente de espaldas. Paso a paso, Coslar avanzó hacia el frigorífico y asió la manija de apertura. Inspiró con fuerza y abrió de golpe.

Fue una visión que duró menos de un segundo, porque cerró casi en el acto, pero resultó suficiente para apreciar el siniestro contenido del refrigerador.

El cadáver estaba en pie, sin una sola prenda de ropa, sujeto a la pared del fondo por sendas correas que la sujetaban por los sobacos y la cintura. Había sido eviscerado ya y faltaban enormes trozos de carne en los costados, los brazos y los muslos.

La cabeza aparecía absolutamente intacta, con los ojos muy abiertos, fríos, llenos de un helado horror, que trascendía los límites de lo imaginable.

Estremecido de pies a cabeza, Coslar se volvió hacia la entrada. En vida, Gloria Moore debía de haber sido una mujer realmente bella. Ahora, todo lo que quedaba de Gloria era lo que no habían consumido los servidores del Genio de la Muerte.

—Ringo, ¿está...? —preguntó Mavis, sin atreverse a completar la frase.

—Sí —fue la escueta respuesta del joven.

Salió de la habitación y se encaminó hacia la escalera. Desde la barandilla, lanzó un potente grito:

—¡Sir Brandon!

El científico asomó a la carrera.

—¿Han encontrado algo? —preguntó.

Súbitamente, en alguna parte de la casa, se produjo una sorda explosión. Lardell se volvió en el acto.

Un tremendo chorro de llamas surgió por la puerta que conducía a la cocina. Mavis lanzó un chillido de susto.

—Ringo, esto va a arder —exclamó sir Brandon—. Hemos de evitar que se quemen las pruebas del crimen de Farhack.

Coslar comprendió en el acto y asintió.

—Mavis, abajo —ordenó.

La joven no se lo hizo repetir dos veces. Coslar giró en redondo y corrió hacia el dormitorio de Farhack. Agarró una sábana y se precipitó en la habitación donde estaban los macabros restos de Gloria Moore.

Lardell le alcanzó cuando se disponía a entrar.

—Quiero verlo con mis propios ojos —exclamó.

—No es nada agradable, señor.

—Estoy acostumbrado a cosas muy desagradables, muchacho.

Abajo, de repente, sonó un agudo grito:

—¡Dense prisa; hay más fuego! —avisó Mavis.

Coslar abrió la puerta del frigorífico. En el mismo instante, algo explotó sordamente.

Un feroz chorro de llamas brotó al exterior. Coslar tuvo que dar un salto hacia atrás, para evitar que se prendieran fuego a sus ropas. Lo consiguió, pero tuvo que abandonar la sábana, que no había podido salvar.

—Será mejor que nos vayamos, sir Brandon.

El calor era espantoso y ya olía horriblemente a carne quemada. Mavis volvió a gritar desde la planta baja.

—Se han producido más explosiones en otros lugares de la casa —dijo, cuando les vio descender por la escalera.

—Black House ya no tiene salvación —aseguró sir Brandon sombríamente.

El fuego se propagaba con gran rapidez. Coslar apartó el coche de la peligrosa vecindad del edificio en llamas. Desde lugar seguro, contemplaron los progresos del incendio, devastadoramente espectaculares.

—Es indudable que lo preparó todo para borrar huellas detrás de sí —dijo Lardell momentos después—. Ignoro como lo hizo, pero consiguió dispositivos de relojería, para adosarlos a sustancias muy inflamables. Algo así como una bomba, pero sin los efectos que produce la onda explosiva.

Una colosal columna de humo negro subía a las alturas. De pronto, Coslar recordó algo y lo sacó del bolsillo.

—Al menos, hemos encontrado una prueba —dijo, enseñando la polvera —. Esto demuestra indiscutiblemente la estancia de Gloria en Black House.

—¿Dónde estaba, Ringo?

—En el cuarto de baño, señor, con todos los perfumes y lociones de esa pobre chica.

Con las prisas, sin duda, olvidó llevársela consigo. Se la enseñaremos a la policía...

Lardell levantó la mano.

—Voy a pedirle un favor, Ringo —dijo—. Permítame que sea yo el que se enfrente con la policía. Este es un asunto muy delicado y no querría que se hiciese excesiva publicidad del mismo Tengo buenas amistades en el Yard y creo que arreglaré todo sin demasiadas dificultades.

—Como usted diga, señor.

Las llamas envolvían ya por completo el edificio. Lardell se acarició el mentón pensativamente

—Me pregunto si llegó a saber que pensábamos venir aquí —dijo.

A Coslar se le ocurrió en aquel momento una idea, pero prefirió callar. Antes de decir nada, prefería comprobar si su tesis era correcta o estaba equivocada.

* * *

De regreso, en el coche, Coslar formuló una observación al científico.

—Sir Brandon, ¿cómo se entiende Farhack con sus pigmeos? —preguntó.

—Ya le dije que, sobre todo, consiguió captarse sus voluntades y convertirlos poco menos que en adoradores suyos —respondió Lardell—. El idioma de los pigmeos de aquella tribu es terriblemente primitivo, poco más que el lenguaje de los animales, si es que se puede hablar de esta manera. Las palabras, por lo general, son monosilábicas, y se expresan con ruidos de diferentes clases y tonalidades: chasquidos, silbidos, incluso tableteo de dientes y explosiones de aire a través de los labios. Farhack posee una rara habilidad para los idiomas y logró aprender los primeros rudimentos en pocas semanas.

Imagino que, con el paso del tiempo, ahora hablará con sus pigmeos tan fácilmente como hablamos usted y yo.

—Y le obedecen ciegamente.

—Para ellos, es un dios, Ringo.

—Pero... ¿no ha resultado un choque excesivamente difícil de soportar para los pigmeos? Vivían de la misma manera que hace diez o veinte mil años... y ahora están inmersos en una civilización adelantadísima. No han nacido en un país civilizado, como nosotros. Vamos aprendiendo lentamente, desde que damos los primeros pasos y, aun así, a veces nos asombramos todavía de ciertos adelantos científicos. ¿Lo han soportado bien esos pigmeos, sir Brandon?

Sospecho... No, mejor, tengo la certidumbre de que Farhack eligió a los más inteligentes, los mejor dotados psíquicamente. Los nativos ya vieron muchas cosas que hasta entonces les resultaban completamente desconocidas y se adaptaron con sorprendente rapidez. Por otra parte, no se puede decir que se muevan con total libertad por las calles de una gran ciudad. Están enclaustrados la mayor parte del tiempo, ¿no es así, Mavis?

—Sí, señor —corroboró la aludida—. Los pigmeos no salían apenas de la casa, salvo por la noche Imagino que lo harían como una especie de entrenamiento físico. Pero regresaban muy pronto y nunca se perdían.

—Ahí tiene usted la explicación de sus dudas, Ringo —dijo Lardell.

El joven asintió. Lo que no tenía explicación, o por lo menos, resultaba insuficiente, eran los motivos de las extrañas y siniestras acciones de Sheamus Farhack.

CAPITULO VI

Apenas llegó a su casa, profundamente impresionado por los sucesos de aquel día, se preparó una buena ración de whisky. Estaba a la mitad, cuando llamaron a la puerta.

Era Cleo Moore.

—Hola —saludó la muchacha—. Usted me dijo ayer que viniese esta tarde.

Coslar asintió.

—Pase, se lo ruego, y tome asiento. Voy a prepararle algo de beber.

—No, muchas gracias, no me apetece.

—Lo necesitará, Cleo.

Ella se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quiere decir, señor Coslar?

El joven llenó una copa y fue hacia la chica.

—Debe ser valerosa, Cleo —dijo.

El color huyó en el acto de las facciones de Cleo.

—Gloria está...

Coslar la empujó suavemente hacia el diván.

—Siéntese. Y tome un poco de coñac —insistió.

Hubo un largo silencio. Al fin, Cleo pareció recuperarse.

—Lo presentía —dijo.

—No sé qué decirle —manifestó Coslar—. En estos momentos, las palabras resultan insuficientes.

—Señor Coslar...

—Ringo, por favor.

—Gracias. ¿Está seguro?

—Por completo. Pero ¿no llevará una fotografía de su hermana en el bolso?

—Sí; casualmente, tengo una que nos hicimos juntas.

Cleo abrió el bolso y extrajo una fotografía. Las dos hermanas aparecían, con el atuendo adecuado, a ambos lados de una red de tenis. Coslar la miró un momento y luego se la devolvió a su dueña.

—Nos la tomaron hará un par de meses —dijo Cleo.

—Era ella —confirmó el joven.

—Entonces, la vio... muerta.

—Sí.

Cleo se puso en pie.

—Es preciso avisar a la policía...

Coslar le puso ambas manos en los hombros y la obligó a sentarse de nuevo.

—Cleo, por favor, deje este asunto en manos de alguien que podrá solucionarlo mucho mejor que la policía. Es cierto que el asesino debe ser

castigado, y lo será, no le quepa la menor duda; pero, una vez ocurrido lo irremediable, unos días más o menos no tienen ya ninguna importancia.

Por las mejillas de la muchacha rodaron algunas lágrimas.

—¿Sabe si... sufrió mucho?

Era algo que Ringo ignoraba, pero decidió contestar con una piadosa mentira.

—A mi entender, murió instantáneamente. Creo que ni siquiera llegó a enterarse.

Procure ser animosa, Cleo, se lo suplico.

—Sí, Ringo —musitó ella con un hilo de voz—. De todos modos, me gustaría dar sepultura a su cuerpo.

—Temo que no podrá ser. Gloria ya no es más que cenizas.

Cleo se desmoronó esta vez y lloró largamente. Coslar, muy deprimido también, la dejó que se desahogase.

Ella se recobró un tanto minutos más tarde.

—Tendrá que contarme todo...

—Hoy, no; usted no está en condiciones. Otro día hablaremos más extensamente. Ah, lo olvidaba, Cleo.

Coslar sacó la polvera y se la entregó.

—Era de ella, supongo.

—Sí —confirmó la chica.

—Guárdela, ahora es suya. Cleo, quiero preguntarle algo. Yo la llamé ayer a media tarde, desde Gwengleagh Castle, para posponer hasta hoy nuestra entrevista. Dígame, ¿por casualidad se sintió impaciente y habló con Stronglord por teléfono?

—Sí. Le dije quién era y le pedí que me permitiese hablar con Gloria. Dije también que hacía varias semanas que no tenía noticias suyas y que empezaba a preocuparme.

Coslar meneó la cabeza.

—Me lo suponía —dijo—. Fue una terrible imprudencia. Stronglord, o Farhack, como prefiera, presintió el peligro y abandonó Black House.

—¡Entonces, mató a Gloria ayer mismo! —gritó Cleo.

—No —contestó Coslar lentamente—. Gloria había muerto hace ya muchos días.

* * *

El teléfono sonó repentinamente. Sentado ante su mesa de trabajo, Coslar alargó la mano y atrajo el aparato hacia su oreja izquierda.

—¿Sí?

—Buenos días —sonó la voz de Mavis—. ¿Cómo tienes el estomago?

—Muy agradecido al suculento desayuno con que lo he obsequiado al levantarme, encanto.

Mavis suspiró.

—Eres un hombre afortunado. Yo estoy con medio vaso de jugo de naranja y una taza de té. Creo que tardaré mucho en volver a la normalidad en ese aspecto.

—Todo pasa en este mundo; hay que tomárselo con filosofía —dijo él.

—Sí, creo que es lo que más me conviene. ¿Te ha llamado sir Brandon?

—Todavía no ha dado señales de vida. Pero, puesto que él se encargó de este asunto, deja que lo resuelva a su manera.

—No le diré que no —rió Mavis—. Pero fue un incendio muy oportuno, ¿no crees?

—Alguien tuvo la mala idea de llamar a Farhack, preguntando por Gloria Moore con gran insistencia. Farhack debió de olerse el peligro y decidió alzar el vuelo, con sus seis pigmeos.

—¿Quién, Ringo?

—Cleo, la hermana de Gloria.

—Chica estúpida...

—Mavis, no la juzgues. Tú no tenías una hermana en Black House.

Ella comprendió el reproche en el acto.

—Dispénsame, Ringo. Oye, ¿sabes que he encontrado trabajo?

—Caramba, vaya una noticia. ¿Qué clase de trabajo?

A través del hilo telefónico, Coslar percibió una alegre carcajada.

—Ya lo sabrás en su momento —respondió Mavis—. Por ahora prefiero mantener el secreto.

—Muy bien, como quieras.

—Oye, se me ha ocurrido algo de pronto... Ringo, un tipo como Farhack, si viaja solo, puede pasar desapercibido. Pero, aunque sean muy pequeños, seis pigmeos ocupan bastante espacio. ¿Cómo los lleva de un lado para otro, sin que nadie los vea?

—Sin respuesta, dulzura. Quizá lo sepamos algún día.

—¿Cuándo, Ringo?

—Cuando le pongamos el ojo encima a Farhack.

—¡Horror! —Gritó Mavis—. Cualquier cosa, antes de verle otra vez. ¿Me entiendes, Ringo?

—Sí, perfectamente.

—Adiós, cariño. Te llamaré en otro momento.

—Cuando gustes, preciosa.

Coslar dejó el teléfono en su sitio y encendió un cigarrillo. Mavis, una mujer alegre exuberante y no sólo en el sentido físico, llena de vitalidad, franca, enemiga de rodeos y dobleces..., pero también un poco inconsecuente y veleidosa.

El encuentro entre los dos no pasaba de una aventura, muy agradable y de recuerdo difícil de borrar pero que no podía significar nada definitivo en el futuro.

* * *

El coche se detuvo ante la casa y su ocupante se apeó en el acto y aguardó la llegada de la furgoneta que le había seguido durante el trayecto. Jeremy Darrow salió al encuentro del conductor del otro vehículo

—Esto es Plainfield Manor, señor Broxtall —dijo.

El otro hombre contempló la casa durante unos momentos

—Creo que me gustará —dijo al cabo.

—Sin duda alguna —exclamó Darrow—. De todos modos, lo mejor será que la vea, antes de firmar el contrato.

—Sí, muchas gracias.

—Habrá podido darse cuenta de que la propiedad está bien protegida. La tapia mide cuatro metros y hay puntas de acero a todo lo largo del borde. Los ladrones no entrarán fácilmente...

En el interior de la furgoneta se produjeron súbitamente unos sonidos extraños

Aprensivo, Darrow volvió la vista hacia el vehículo.

Broxtall lo agarró por un brazo.

—No tema, amigo mío —dijo con tono lleno de cordialidad—. Son mis perros sabuesos y están un poco nerviosos, a causa del encierro.

—Ah, ya... Si quiere, puede soltarlos; a mí no me dan miedo los perros, señor Broxtall.

—Estos son muy fieros, amigo Darrow. Evitemos las complicaciones.

—Sí, como quiera.

Entraron en la casa. Darrow se la enseñó a su posible cliente con todo detalle. Una de las cosas que más le pareció agradar a Broxtall fue la cocina, enorme, dotada de todos los adelantos, con un frigorífico de tamaño normal, para bebidas sobre todo, dijo Darrow, y otro, enorme, en el que podía guardarse un buey.

—Lo hizo instalar el dueño del Manor, porque en tiempos recibía a muchos visitantes.

Además, tenía una familia muy numerosa; a veces, se juntaban aquí hasta veinte personas, sin contar la servidumbre.

—Y va no vienen por aquí.

—No. Desde que murió su esposa, el dueño ya no ha puesto los pies otra vez. A los hijos, este lugar no les gusta; son jóvenes y lo estiman demasiado apartado. Por eso fue puesto en alquiler, señor Broxtall.

—Al menos, sacarle provecho a la propiedad —sonrió el cliente

—Es lógico, ¿no le parece?

—Por supuesto.

Terminado el recorrido, Broxtall dijo que se quedaba como inquilino. Sacó un gran fajo de billetes y contó la suma requerida.

—Mañana le enviaré la documentación, señor Broxtall —dijo Darrow.

—Oh, no es necesario —respondió el nuevo habitante de Plainfield Manor —. Tendré que bajar a comprar provisiones, y ya me pasaré por su oficina.

—Como guste. ¿Quiere que le busque una mujer para que se encargue de las faenas de limpieza?

—Dispense, pero ya tengo un ama de llaves, que vendrá dentro de unos días. Mientras tanto, creo que podré arreglármelas yo solo.

Darrow asintió. Luego subió a su coche y agitó una mano.

—Cerraré la verja por fuera —dijo.

—Muy bien, pero lance la llave a través de los hierros.

—Descuide, señor Broxtall.

Mientras rodaba hacia el pueblo, Jeremy Darrow se preguntó quién podía ser aquel enigmático sujeto llamado Sosthenes K. Broxtall. Algún escritor o artista, sin duda, se dijo.

Como fuera, había pagado sin pestañear, y en buenos billetes del Banco de Inglaterra, el importe de un año de alquiler de la mansión, cifra nada baja por cierto. Fuera quien fuese, el dueño iba a sentirse satisfecho de la operación.

Mientras, Broxtall, al saberse solo y sin testigos de vista, había ido a la zaga de la furgoneta y abierto las dos puertas posteriores

—Ya podéis salir —dijo.

Seis diminutos hombrecillos, de no más de ochenta centímetros de altura, delgados, pero nervudos, se apearon sucesivamente. Todos ellos vestían de la misma forma: un mono de color gris acero, pero estaban descalzos.

—Buen sitio —elogió Ito.

—Nos gusta —dijo Roo.

Broxtall asintió.

—Lo celebro —sonrió—. Hay que llevar esas cajas a la casa.

—Sí, amo.

Los seis pigmeos empezaron a moverse con increíble celeridad En pocos minutos, todo el cargamento de la furgoneta fue transportado a la cocina de la mansión.

Ito abrió el frigorífico grande y enseñó sus dientes triangulares al sonreír.

—Bueno, muy bueno para «cerdo largo» —dijo.

—Mañana habrá cerdo natural —dispuso Broxtall, que había oído el comentario del pigmeo—. Hoy tendréis que contentaros con algunas latas de carne y verduras.

—Amo, tú sabes mejor que nadie lo que nos conviene —dijo Ito, inclinándose profundamente.

Broxtall puso una mano sobre la afeitada cabeza del pigmeo, completamente lisa, salvo en el mechón de cabellos que sobresalía de su cogote.

—Vosotros me sois fieles y yo correspondo —contestó, empleando el acento propio de un ser superior.

CAPITULO VII

Inesperadamente, Coslar se encontró con Cleo Moore una semana más tarde de su última entrevista.

—¿Cómo se siente, Cleo? —saludó él cortésmente.

La chica sonrió.

—Empiezo a volver a la normalidad —respondió.

Coslar la agarró por un brazo.

—Vamos a tomar algo en ese pub —propuso.

Cleo aceptó de inmediato, no sin consultar el reloj.

—¿La aguarda... alguien?

—Oh, no. Es que... Bueno, parecerá frívolo, pero tengo que asistir al pase de una colección de vestidos. Tengo una tienda de modas y debo estar al día, para contentar a la clientela.

—Muy bien, el trabajo es sagrado —sonrió Coslar.

Entraron en el pub y ocuparon una mesa, situada junto a una de las ventanas. Ella pidió té; Coslar un whisky.

—¿Cigarrillos, Cleo?

—Gracias, Ringo.

Después de encenderlo, Cleo le miró fijamente.

—¿Le ha dicho algo sir Brandon? —preguntó.

Cleo estaba ya completamente al corriente de la tétrica historia. Coslar hizo un gesto negativo.

—No, aún no sé nada. A Farhack se lo ha tragado la tierra, al menos, eso es lo que parece.

—A él y a sus seis horribles pigmeos.

—Sí, claro.

—Pero... es un grupo que no se puede ocultar tan fácilmente. Aunque ellos sean ridículamente pequeños, seis personas no se esconden como si fuesen los botones de una chaqueta —alegó Cleo.

—Hemos de tener en cuenta una cosa: Farhack es diabólicamente astuto y no habrá dejado de encontrar un método para pasar desapercibido. Si pensamos en su inteligencia, encontraremos sencillas algunas cosas que ahora nos resultan poco menos que incomprensibles.

La chica asintió.

—Sí, tiene razón —admitió. Aplastó el cigarrillo contra un cenicero—. Ringo, perdóneme, pero debo ocuparme ahora de mi trabajo.

Coslar la miró oblicuamente.

—Una pregunta, Cleo —dijo.

—¿Sí?

—¿Qué planes tiene para después del pase de modelos?

Cleo sonrió.

—Ninguno —repuso.

—Entonces, permítame invitarla a cenar. Después, pensaremos en alguna función de teatro...

—Eso significa que quiere acompañarme.

—Si no le importa.

—En absoluto, Ringo.

Se pusieron en pie. Coslar había dejado su coche en las inmediaciones y fueron en él hasta la casa del modisto, en donde Coslar ocupó un lugar discreto, en tercera fila. Cleo se hallaba en la primera, con un gran cuaderno y una pluma en las manos, haciendo anotaciones sobre los modelos que las elegantes maniquíes presentaban sobre la pasarela. Unas atractivas camareras servían bebidas y ligeros bocadillos para los espectadores, mientras una suave música brotaba de los invisibles altavoces estratégicamente situados en la gran sala de desfiles.

De pronto, la directora de la casa de modas anunció el pase de su siguiente modelo.

—Lo denominamos Good Hope y está destinado especialmente a las futuras madres, a las que todavía quedan unos tres meses para el feliz acontecimiento y que, sin embargo, se encuentran en condiciones de asistir a alguna fiesta o compromiso social ineludibles...

La modelo, claramente embarazada, con una silueta que no podía ocultar en modo alguno su estado, empezó a desfilar por la pasarela, con lánguidos y bien estudiados ademanes, en los que, sin embargo, no se advertía la menor afectación. El vestido era realmente precioso, pero Coslar no le prestó la menor atención.

Sus ojos estaban fuera de las órbitas. La modelo, que iba a ser madre tres meses más tarde, era nada menos que Mavis Skrane.

* * *

El timbre sonó repetidas veces, Mavis, con la bata puesta, cruzó la sala, tras haber fracasado en buscar el cinturón, por lo que debió sujetarla con la mano izquierda cerrada sobre su cuerpo. Al abrir, se encontró con una gran sorpresa.

—¡ Ringo!

Coslar entró impetuosamente.

—¿Por qué no me !o dijiste? —preguntó.

Mavis frunció el ceño.

—¿Qué era lo que tenía que decirte? —exclamó.

—Demasiado lo sabes. Has estado ocultándomelo todo el tiempo, y yo, pobre ingenuo y estúpido...

—¡Eh, eh, alto ahí! —Cortó la joven—. Todavía tienes que explicarme qué te sucede, Ringo. Has llegado como un ciclón, ni siquiera me has preguntado cómo estoy y parece como si quisieras atizarme media docena de garrotazos. ¿Puedes decirme de una maldita vez qué te ocurre?

—¿Y aún me lo preguntas? —Rugió Coslar—, Voy a tener un hijo y tú te lo has callado todo este tiempo.

—¿Cómo? ¿Está embarazada tu esposa?

—¡Yo no estoy casado, Mavis!

—Entonces, si no estás casado, ¿cómo vas a tener un niño?

—Yo no voy a tener un niño; eres tú, Mavis —vociferó Coslar, fuera de sí.

—Pero...

Coslar fijó la vista en la bata que quedaba muy holgada sobre el cuerpo de la joven.

—Estás embarazada de seis meses, no me lo niegues —dijo—. Mavis, seamos sensatos.

No me importa lo que hagas... Nos casaremos muy pronto; el niño debe tener un nombre...

—Pero, Ringo, ¿de dónde diablos has sacado esa estupidez? —gritó ella.

—Te he visto esta tarde desfilar en la pasarela de la casa de madame LeRoy. Tu modelo se llamaba Good Hope...

De súbito, Mavis rompió a reír estruendosamente, a la vez que se derrumbaba sobre un butacón cercano.

—¡Dios mío, qué tonto, pero qué tontísimo eres! —Dijo, con la voz entrecortada por las carcajadas—. Yo, embarazada de seis meses...

Bruscamente, se puso en pie y se abrió la bata, debajo de la cual sólo llevaba el sostén y los pantalones de encaje.

—¿Estoy embarazada?

Coslar abrió la boca.

—Pero yo. Te he visto...

—Oh, qué tonto —repitió ella una vez más—. Era sólo un truco, como los que se emplean en el cine, cuando se quiere hacer ver que la protagonista va a tener un niño.

—Dios mío, qué plancha —murmuró Coslar.

Mavis se le acercó y le miró afectuosamente.

—¿De veras te hubiera gustado que fuese cierto lo de mi embarazo? — preguntó.

—Mujer... —remoloneó él—. Gustarme..., lo que se dice gustarme, no mucho, pero soy un caballero...

—Y querías casarte conmigo.

—Bueno, es lo que..., lo que se dice...

—Ah, de modo que si no estoy embarazada, no te casarás conmigo.

—Mavis, déjame explicarte...

—No me expliques nada —dijo ella, repentinamente furiosa. Alzó la mano y le asestó un tremendo bofetón—. ¡Fuera, quítate de mi vista inmediatamente!

—Pero, Mavis...

Ella le hizo girar en redondo y le arreó un puntapié en las posaderas.

—Esa es mi respuesta, canalla —dijo.

—Está bien, si te lo tomas de ese modo, me iré —exclamó Coslar, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. Conste que vine con las mejores intenciones del mundo, Mavis.

—Sí, ya lo he visto —repuso ella, sarcástica.

Súbitamente, corrió hacia él y lo agarró por un brazo.

—Espera, hombre —pidió.

Coslar se volvió.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

—Vamos a portarnos como personas civilizadas —sugirió ella—. Discutamos pacíficamente el asunto...

—¡Caramba, después de una bofetada y un puntapié, aún me pides que me comporte como una persona bien educada! —se quejó Coslar.

—Bueno, me puse furiosa... Ven, echaremos un trago y luego hablaremos con más tranquilidad. Pero tienes que decirme antes a qué fuiste a la casa de modas. ¿Qué demonios se te había perdido a ti en aquel lugar?

—Me encontré con Cleo Moore. Tiene una boutique y quería presenciar el pase de modelos. Simplemente, la acompañé; eso es todo.

—La hermana de Gloria.

—Sí.

—¿Cómo se siente, Ringo? —Mavis le entregó un vaso alto.

—Se le va pasando, claro. Comentamos muy ligeramente lo ocurrido; es algo que no agrada recordar.

—Ella no pasó lo que pasé yo —dijo Mavis pensativamente.

—Por supuesto.

—Y lo peor de todo es que no se sabe dónde está Farhack.

—No hay el menor rastro.

—¿Te ha llamado sir Brandon?

—No, hace días que no sé nada de él.

Mavis sonrió de pronto.

—Ringo...

—Dime, preciosa.

—¿Estás enfadado aún conmigo?

—Bueno, no me siento precisamente contento...

Ella se le acercó seductoramente.

—Voy a decirte una cosa, Ringo.

—Sí, lo que quieras.

—Quiero conseguir tu perdón.

—¿Cómo, Mavis?

—¿No eres capaz de adivinarlo?

Coslar sonrió un instante.

—No es tan difícil —contestó.

Dejó el vaso a un lado y le quitó la bata.

—De modo que ése es el trabajo que habías encontrado —dijo.

—Sí, cariño. Además, también actúo como modelo fotográfico.

Coslar le quitó el sostén.

—¿Con más o menos ropa que ahora?

—Anuncio lencería, prendas íntimas, camisones...; pero nunca poso desnuda...

—Y aquel modelito se llamaba Good Hope, Buena Esperanza —rió Coslar. De repente, la abrazó ardientemente—. Mavis, soy todo tuyo —añadió.

La besó con furia y luego agregó:

—Voy a comerte viva, aunque no sea uno de los pigmeos de Farhack.

Mavis, ensoñadoramente, contestó:

—Ringo, querido, no vuelvas a mencionar jamás ese nombre.

* * *

Los ojos del tendero se iluminaron al ver entrar a su cliente.

—Le tengo preparado su pedido, señor Broxtall —anunció.

—Es usted muy amable, señor Ransome —dijo Broxtall.

—Por favor... Pero llámeme Bill, como hace todo el mundo en el pueblo. ¿Quiere alguna cosa, además de su encargo?

—Pues no, porque tengo de todo, afortunadamente. Si tuviese la bondad de ordenar que lo carguen en mi furgoneta...

—No faltaría más, señor Broxtall —accedió el tendero—. Aunque si me permite la observación, un cerdo entero...

—Mi ama de llaves es muy hábil y sabe descuartizarlo y preparar la carne para el adobo, según su propia y muy sabrosa fórmula —sonrió Broxtall—. Aunque es una mujer excelente, pondría el grito en el cielo si fuese otro el que trocease la pieza.

—Entonces, procuraremos no enojarla —sonrió Ransome.

Broxtall pagó el importe de la compra. Ransome, un hombre aún fornido y de gran corpulencia, sacó el cerdo y lo depositó en el interior de la furgoneta. En el mismo instante, un hombre se acercó al vehículo.

—Largo, Blackie —dijo Ransome con aspereza—. Si quieres tomarte un trago, trabaja, como hacemos todos los demás.

Broxtall volvió los ojos hacia el llamado Blackie, un sujeto de aspecto desastroso, con ropas mugrientas, ojos inyectados en sangre y barba de varios días. Era todavía joven, ya que no parecía haber cumplido los cuarenta años y todo en él sugería dejadez y abandono. A Broxtall le pareció un perro apaleado, al acoger las duras palabras del tendero con resignada mansedumbre.

—Dispense, señor Ransome... —dijo el hombre.

—Un momento —exclamó Broxtall. Metió la mano en el bolsillo y sacó un par de monedas—. Tómese un trago a mi salud, Blackie.

—Gracias, señor, mil gracias.

—No me las dé, ha sido un placer. Por cierto, usted está sin trabajo. Yo

podría darle un empleo en Plainfield Manor... Oh, nada fatigoso; el jardín tiene demasiada maleza... Podría quedarse allí algunos días; tendría cama y comida y se ganaría unas cuantas libras, sin demasiado esfuerzo... Vaya mañana, se lo ruego.

—Sí, señor; iré mañana sin falta —prometió el sujeto.

Cuando se alejó, Ransome torció el gesto.

—No debería haberle hablado así —dijo—. Blackie Olson no tiene cura. Es un vago y un haragán sin remedio; la vergüenza del pueblo, créame. Siempre anda mendigando de una forma miserable...

Broxtall sonrió benignamente.

—Hay que ayudar a que el caído se levante —dijo. Cerró las puertas traseras de la furgoneta—. Estoy seguro de que Blackie sabrá corregirse, si ve que se le trata con afecto y comprensión. Gracias por todo, Bill —se despidió.

—A usted, señor Broxtall. Ya sabe, siempre a su disposición —contestó el tendero relamidamente.

Cuando la furgoneta hubo arrancado, Ransome volvió la cabeza Olson entraba en aquel momento en una de las tabernas del pueblo. Hizo una mueca. Sí, trabajaría unos cuantos días en Plainfield Manor y hasta se mostraría circunspecto con la bebida. Pero luego, irremisiblemente, el vicio lo dominaría de nuevo y...

—En fin, eso es cosa suya —masculló, a la vez que daba media vuelta para entrar en la tienda, en donde tres o cuatro ávidas comadres le aguardaban para escuchar sus comentarios sobre el ocupante de Plainfield Manor.

Media hora más tarde, seis diminutos hombrecillos rodeaban la furgoneta. Broxtall descendió y abrió las puertas traseras.

—Ahí está —indicó.

Cuatro pares de brazos levantaron en vilo el pesado cerdo. Ito y Roo quedaron frente a su amo,

—Parece bueno, pero sabes de sobra lo que deseamos —dijo el primero.

Broxtall asintió.

—Lo sé —contestó—. Y creo que estoy en situación de daros una buena noticia.

—¿De veras? —preguntó Roo, con ojos que brillaban como carbones encendidos.

—Vendrá mañana. Pero antes será preciso alimentarlo adecuadamente.

—Descuida, amo; nosotros nos encargaremos de eso —aseguró Ito.

Broxtall sonrió. Luego fue a sus habitaciones particulares, en donde se preparó un baño. Al salir, después de enjugarse, se puso sobre la báscula. Frunció el ceño; había ganado varios kilos en las últimas semanas. Tendría que vigilar su régimen, pensó, aunque, hasta el momento, no recordaba haber hecho excesos con la comida.

—Tal vez la inactividad... —se dijo.

Y luego dejó aquel asunto de lado, preocupado con otro mucho más importante. Tenía en casa una gran cantidad de joyas, pero muy poco dinero y


empezaba a sentir la escasez de numerario.

CAPITULO VIII

Cuando sonó el teléfono, Mavis acababa de salir de la ducha. Envuelta en una toalla, corrió hacia la sala y levantó el aparato.

—La maldición del Gran Espíritu caiga sobre el que me ha hecho acudir al teléfono sin secarme —dijo.

—¿No tienes un supletorio en el baño? —rió Coslar.

—Eso sólo pasa en las películas, hombre —contestó ella—. ¿Alguna novedad, Ringo?

—Sir Brandon me ha llamado. Quiere que vaya a visitarle mañana.

—¡Oh! Piensas ir, supongo.

—Te he llamado para saber si querías acompañarme, encanto.

—Ni lo dudes siquiera, Ringo. Presiento que sir Brandon tiene algo importante que decirte y quiero escuchar lo que sea. ¿A qué hora?

—Lo siento por ti. A las siete y media en punto estaré en la puerta de tu casa.

—De acuerdo, cariño. Seré puntual.

Coslar colgó el teléfono y marcó a continuación el número de Cleo Moore. Pero no obtuvo respuesta alguna, por lo que desistió de hablar con la muchacha sin lamentarlo demasiado. Y le contaría lo que fuese a la vuelta de Gwengleagh Castle.

Clayton, el mayordomo de Lardell, les recibió a la mañana siguiente con gran amabilidad y les condujo inmediatamente a la biblioteca, en donde el dueño de la mansión estaba entregado a su trabajo. Sir Brandon se puso en pie al verles aparecer y estrechó sucesiva y afectuosamente las manos de los dos jóvenes. El mayordomo apareció a poco con una bandeja en las manos, que depositó sobre una mesa, retirándose a continuaron

—Ahora tomaremos el aperitivo —dijo Lardell—. Después, me harán el honor de acompañarme en el almuerzo.

—Será un placer, sir Brandon —contestó Coslar, a la vez que aceptaba la copa que le tendía el antropólogo.

Después de tomar unos sorbos, Lardell cogió algo que había encima de la mesa y lo mostró en alto a sus huéspedes. Mavis abrió unos ojos como platos al ver aquella enorme sortija de oro, en la que brillaba una esmeralda del tamaño de un garbanzo, rodeada por un círculo de diamantes.

—Sin duda, recordarán el robo de que fue objeto una gran amiga mía, la señora Brown-Hartley —dijo Lardell—. Un robo que no consistió únicamente en joyas —añadió.

Coslar hizo un gesto afirmativo.

—Lo recuerdo a la perfección —contestó.

—Bien, esta sortija pertenece a mi buena amiga Eunice. Me la ha entregado un detective privado, a quien yo encomendé ciertas averiguaciones hace algún tiempo. Parece ser que el que la vendió tenía mucha necesidad de

dinero, porque se contentó con un par de miles de libras, cuando, en realidad, la joya vale diez o quince veces más.

—¡Farhack! —exclamó Mavis instantáneamente.

—El mismo —corroboró Lardell—, Mi investigador encontró la joya y, de acuerdo conmigo y con su dueña, la rescató por la misma cantidad que se había pagado por ella, bajo amenaza de contarlo a la policía, si el comprador no accedía al trato.

—Eso significa que tiene usted alguna pista sobre Farhack —adivinó el joven.

—Justamente. Es más, casi estoy seguro de señalar con toda exactitud el lugar en que se encuentra, pero quiero hacer la última comprobación. Por eso he recurrido a usted, Coslar.

—¿Qué debo hacer, sir Brandon?

Lardell sonrió.

—Me agrada su proceder, muchacho. No ha formulado preguntas ni objeciones; sólo quiere saber qué es lo que se ha de hacer. Muy bien, se lo diré en el acto. Quiero que vigile a Farhack, actualmente bajo el nombre de Sosthenes K. Broxtall, en Plainfield Manor, Eardyne Mills. Por si no sabe dónde se encuentra esa pequeña población, yo se la enseñaré en el mapa. Desde luego, con todos los gastos a mi cuenta.

—Eso no importa...

—Sí importa —cortó sir Brandon—. No puedo consentir que gaste usted un solo penique de su peculio, en un asunto que me concierne muy directamente.

—Muy bien, como guste, sir Brandon. No obstante, debo decirle que no conozco personalmente a Farhack —alegó Coslar—. Es poco probable que tenga el mismo aspecto con que era conocido en Black House.

—Cierto, aunque es preciso tener en cuenta que la estatura no se puede disimular, aunque la cara cambie radicalmente. Sin embargo, Farhack será fácil de localizar, debido a que es el único hombre de talla norma! en Plainfield Manor. Los otros, puede suponérselo, son los pigmeos.

—Ya —dijo el joven pensativamente—. Pero el detective...

—Después de localizarlo, llegó, incluso, a hablar con él en un par de ocasiones. Pero acordamos que no volvería a verle y que abandonaría Eardyne Mills, a fin de no hacerse sospechoso. Si Farhack ve a alguien que le resultara perfectamente desconocido, no sospechará de él, máxime, cuando puede pasar por un hombre que va a tomarse dos semanas de vacaciones en un pueblo tranquilo y apacible.

—Eso significa que yo no puedo ir —intervino Mavis.

—No. A usted la conoce. Su presencia en la aldea resultaría una imprudencia terrible, que echaría a perder todo el plan que he trazado.

—Sí, señor —dijo el joven.

—Bien, supongamos que confirmo que se trata de Farhack. ¿Qué debo hacer después, sir Brandon? —preguntó Coslar.

—Simplemente, avisarme de que las sospechas se han convertido en absoluta certidumbre. Yo haré el resto, no se preocupe.

—De acuerdo, no se hable más.

Lardell sonrió.

—Luego les daré más detalles de la operación —manifestó—. Y ahora, por favor, ¿quieren acompañarme al comedor?

Más tarde, Coslar y Mavis, ella colgada del brazo del joven, pasearon por el extenso parque de Gwengleagh Castle. Mavis se sentía preocupada, cosa que no dejó de advertir el joven.

—Sí —contestó ella, a la pregunta que Coslar le formuló—. Me preocupa una cosa sobre todas. ¿Por qué ese empeño de sir Brandon en no comunicar lo que sucede a la policía?

—No lo sé —murmuró él—. Pero tal vez tenga algo que ver con su reputación.

—¿Su reputación?

—Farhack es su fracaso profesional. Sir Brandon descubrió la tribu de pigmeos y Farhack, en cierto modo, «secuestró» a seis, trayéndolos a la civilización, y obligándoles a que cometieran unos crímenes abominables. Para un hombre del prestigio de sir Brandon, lo que sucede es, simplemente, un gran fracaso y quiere satisfacer su amor propio y su orgullo solucionando el asunto por sus propios medios.

—Entonces, ¿hemos de ser cómplices...?

—No —respondió Coslar firmemente—. No seremos cómplices de nada, cariño; de lo que vea yo en Eardyne Mills, dependerá que avise o no a la policía.

Mavis apretó el brazo del joven.

—Pero, sobre todo, no te arriesgues en absoluto —pidió ansiosamente.

Ransome terminó de cargar la furgoneta y luego se limpió las manos con el delantal.

—Ya está todo, señor Broxtall —dijo.

—Gracias, Bill, es usted muy amable.

—Es un placer —sonrió el tendero—. Por cierto, ¿puedo preguntarle cómo va ese borrachín de Blackie?

Broxtall meneó la cabeza con gesto pesaroso.

—No muy bien —dijo—. He tenido que esconder las botellas. Anoche le sorprendí con una medio vacía en las manos... Pienso que usted tenía razón, amigo Bill; Blackie es incorregible. De todos modos, le daré algunos días más de plazo para que procure enmendarse. Si no lo consigo, temo que me veré obligado a despedirle.

—No lo lamente, señor Broxtall —aconsejó el tendero.

Broxtall hizo un leve movimiento de cabeza y subió a la furgoneta. Media hora más tarde, se detuvo ante la casa. Como de costumbre, los seis pigmeos acudieron en el acto a recibirle.

Ito quedó junto a Broxtall, terminada la descarga de la furgoneta.

—Amo, creo que ya es hora —dijo.
—¿Seguro, Ito?
—Sí, amo.
Broxtall calló unos instantes. Luego dijo;
—Voy a hablar con él. Más tarde iré a verte.
—Sí, amo.
Blackie Olson estaba en su habitación, cómodamente sentado en un mullido butacón, con una revista en las manos. Al oír la puerta, se levantó en el acto.
—Señor Broxtall...
Hubo un instante de silencio. Los ojos de Broxtall fijos en su «empleado». El aspecto de Olson había cambiado radicalmente. En dos semanas, aparte de venir con ropas limpias y de afeitarse a diario, había ganado al menos una docena de kilos. Ya no había huesos que presionasen la piel; aunque no era una gordura repulsiva, el resultado de una excelente alimentación y un ejercicio físico muy escaso.
Broxtall sonrió.
—Blackie, estoy muy contento con usted —dijo.
—Gracias, señor. Aunque si he de serle sincero, debo decir que el trabajo no mata. Creo honradamente que no me gano el sueldo...
—No se preocupe, Blackie; me basta con lo que hace. Sólo quería preguntarle una cosa.
—Sí, señor, lo que usted desee.
—¿Encuentra extraños a mis seis amigos?
Olson hizo una mueca.
—A todo se acostumbra uno, señor —respondió.
—Son muy fieles y muy trabajadores.
—Eso sí es cierto —convino Olson—. Sin embargo, no he visto aún al ama de llaves...
Broxtall se echó a reír.
—Es una invención mía, para evitar la curiosidad ajena —contestó—. Mis amigos son muy tímidos y podrían sentirse infelices si alguien los considerase como unos «bichitos»... Usted ya sabe, los prejuicios...
—Eso sí es cierto, señor —admitió Olson.
—Por cierto, esta noche, vamos a tener un banquete especial. ¿Quiere acompañarme a la cocina a preparar el menú?
—Con mucho gusto, señor Broxtall.
Los dos hombres salieron de la habitación y cruzaron un largo pasillo. Broxtall se quedó rezagado un tanto.
—Vaya por delante —dijo—. He olvidado una cosa; en seguida me reuniré con usted.
—Sí, señor.
Olson abrió la puerta de la cocina y avanzó un par de pasos, antes de apreciar la situación. Cinco de los pigmeos estaban en semicírculo, alrededor

de la gran mesa central, contemplándole de un modo extraño. Sonreían y enseñaban sus dientes triangulares, afilados como los de los tiburones.

Dos de ellos empuñaban sendas cuchillas de carnicero. Junto a la mesa al pie, había dos grandes barreños, vacíos en aquel instante.

Olson sintió un terrible frío. Ahora comprendía por qué le habían hecho comer con tanta abundancia, cebándole literalmente, ofreciéndole a todas horas bandejas repletas de comida. Y entonces, cuando apenas había tenido tiempo de apreciar todo el horror de su situación, oyó el ruido de la puerta que se cerraba a sus espaldas.

El sexto pigmeo estaba tras él. Antes de que pudiera volverse, Olson sintió un espantoso dolor en la espalda.

CAPITULO IX

La chica era esbelta, pero no sabía vestirse; al menos, eso apreció el dueño de la única posada de Eardyne Mills. Tenía el pelo negro, lacio, usaba lentes con cerco de metal y parecía detestar los maquillajes y el sujetador. La blusa era amplia, holgada, y los pantalones vaqueros estaban muy descoloridos.

El dueño de la posada leyó el nombre de su huésped después de que la chica hubo subido a su habitación: Carol Manning.

El aspecto de Carol no le gustó en absoluto.

—Ojalá no sea una drogadicta —masculló—. Estas jóvenes que hoy día, no saben divertirse si no es con las drogas y el alcohol...

Tal vez era una feminista fanática, que se había retirado a la aldea, a escribir uno de sus virulentos panfletos contra el odioso dominio del hombre, especuló otra posibilidad.

Al menos, había pagado con buenos billetes del Banco de Inglaterra, eso no se le podía negar.

Mientras Edwin MacCrawe, dueño de la posada pomposamente denominada El Cisne y las Tres Coronas, se entregaba a tales reflexiones, arriba, en el cuarto, Carol Manning parecía dedicarse a otra cosa muy distinta del alcohol y de las drogas.

Lo primero que hizo fue quitarse los lentes, cuyos cristales, si bien cóncavos, carecían de graduación óptica. Luego fue a la bolsa de viaje que había llevado consigo y extrajo de la misma un par de prismáticos de gran potencia.

El cuarto tenía una ventana de buen tamaño, con cortinas y postigos de madera. La chica corrió las cortinas, aunque dejó una separación de unos diez centímetros. Luego enfocó los prismáticos hacia determinado punto.

El tejado de la casa se divisaba sobre los árboles, a una distancia de unas cuatro millas y media. Dada la potencia de aumento de los prismáticos, la distancia quedaba reducida a unos ochocientos metros. Pero, a pesar de todo, los árboles impedían captar más detalles.

La chica se mordió los labios, un tanto frustrada. Tendría que acercarse más a la casa y observarla con todo detenimiento. De lo contrario, no podría conseguir sus propósitos.

Durante un buen rato, permaneció sin embargo junto a la ventana. Luego fue al baño y se arregló un poco. Salió, se puso los lentes de nuevo y agarró un bolso de cuero, en el que puso los prismáticos. El bolso tenía una ancha correa, que le sirvió para llevarlo suspendido del hombro. Antes de salir de la habitación, se colgó un cigarrillo de los labios.

Con aire displicente, emprendió el camino de la planta baja.

Cuando llegaba al vestíbulo, oyó la voz de un hombre y se detuvo un instante, con el corazón extrañamente palpitante. La chica vaciló. Había reconocido aquella voz en el acto. ¿Sabría reconocerla el hombre?, se

preguntó.

El recién llegado estaba hablando con el dueño de la posada.

—Sí, he trabajado mucho en los últimos tiempos y me siento necesitado de un lugar tranquilo, donde pueda relajarme de una forma completa.

—En tal caso, no le quepa la menor duda, señor Coslar; Eardyne Mills es el lugar adecuado —contestó MacCrawe—. ¿Tiene la bondad de firmar en el libro de registro?

—Desde luego.

La chica avanzó unos pasos y dejó la llave sobre el mostrador.

—Hola —dijo—. Voy a salir a dar un paseo, para conocer los alrededores.

Coslar se volvió. El posadero sonrió.

—Le presento a la señorita Carol Manning —dijo—. Señorita Manning, el señor Coslar.

—¿Cómo estás, muchacho? —Dijo ella con desenvoltura—. ¿Tienes fuego?

—Claro —sonrió el joven, a la vez que sacaba una tira de fósforos—. Puedes quedártelos —añadió, después de encenderle el cigarrillo.

—Gracias, guapo. Hasta luego, Mac.

La chica salió a la calle, respirando aliviada. Sí, su disfraz era perfecto; Ringo no había sabido reconocerla. La gente había dicho siempre que ella y Gloria eran muy parecidas, hasta el punto de que algunas las tomaban por hermanas gemelas, a pesar de los cuatro años de diferencia que había entre ambas. El disfraz de Carol Manning era necesario Dará evitar que cierto archicriminal pudiera reconocerla, aun sin haberla visto jamás.

—Una joven muy desenvuelta —comentó Coslar a los pocos instantes.

—Demasiado —dijo MacCrawe disgustadamente—. Esta juventud de hoy día no tiene el más mínimo respeto hacia nada. Así va el país, dando bandazos, hacia la ruina...

Coslar soltó una risita.

—Inglaterra es demasiado fuerte para que unos cuantos jovenzuelos amantes de la buena vida, enemigos del trabajo y propicios a las drogas puedan hundirla. ¡Sobreviviremos! —exclamó con fingido acento dramático.

Luego fue a su habitación y, como había hecho Cleo minutos antes, enfocó Plainfield Manor con unos prismáticos. Pero el campo de visión, pese a todo, era muy limitado.

Había que acercarse más.

Era preciso confirmar la presencia de Farhack en aquella localidad. Lo conseguiría, sin duda.

¿Y después, qué?

Sir Brandon no había mencionado para nada sus propósitos posteriores. Y no le gustaba que, pese a los horribles crímenes cometidos por aquel Genio de la Muerte, se tomase una venganza particular.

Lo cual, en tal caso, no dejaría de ser otro crimen. No estaba dispuesto a consentirlo.

* * *

Dos días más tarde, desde la ventana de su dormitorio, Coslar vio llegar una furgoneta, la cual se detuvo frente a una tienda de comestibles y artículos generales, situada al otro lado de la calle. Un hombre se apeó del vehículo y entró en la tienda.

Era alto, de rectas espaldas y llevaba bigote y barbita en punta. El pelo era rojizo y le proporcionaba un aspecto singular.

Coslar contempló la fotografía que le había dado sir Brandon. Sí, el sujeto se parecía mucho a Farhack, aunque ahora tenía seis u ocho kilos de más, lo que se reflejaba, sobre todo, en el rostro, del que habían desaparecido las mejillas hundidas. Pero, como había dicho el antropólogo, había algo que no se podía ocultar y era la estatura.

En la ventana contigua, Cleo, que seguía manteniendo su disfraz, observaba igualmente los movimientos del recién llegado. Durante unos segundos, pensó en el revólver que guardaba en la bolsa de viaje. Su pecho se llenó de un súbito odio, pero, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, logró dominar las ganas que le habían entrado de agarrar el arma y bajar corriendo para descargar todos sus cartuchos sobre el cuerpo del miserable que había asesinado a su hermana de la forma más horrible conocida.

Coslar, por su parte, observaba la furgoneta. Era más bien un furgón, sin otras ventanas que las de la cabina del conductor. Pero en la caja tenía unas ranuras laterales, indudablemente para proporcionar ventilación al interior

Entonces, comprendió el verdadero objeto de la furgoneta. Servía tanto para el transporte de objetos y equipaje, como de personas..., sobre todo, si eran de reducido tamaño.

—Muy inteligente —admitió.

El hombre a quien espiaba salió poco más tarde, seguido por el tendero, quien llevaba en las manos unas cuantas cajas, que depositó en el compartimiento de carga de la furgoneta. Coslar le vio charlar y sonreír con el cliente, quien se despidió a los pocos instantes.

Plainfield Manor estaba muy bien guardado por la tapia que Coslar había visto ya en más de una ocasión, y que resultaba imposible de salvar por medios ordinarios. Se preguntó cómo podría traspasar aquella formidable protección.... pero dejó de preocuparse por algo que no era asunto suyo. Sir Brandon sabría cómo hacerlo.

* * *

Desde la ventana de una de las habitaciones del primer p so, Farhack vio a dos de sus pigmeos entregados a una curiosa labor. Lo hacían siempre en los lugares a los que se trasladaban, en determinado trozo de una zona ajardinada

Parecían cultivar algo. Farhack vio unas hierbas de extraño aspecto, que Nuyo y Sikt cuidaban amorosamente. De pronto, invadido por la curiosidad,

abrió las dos hojas de la ventana.

—¡Nuyo! ¿Qué estáis haciendo? —gritó.

Los pigmeos se volvieron en el acto. Nuyo enseñó sus dientes triangulares.

—¿Sí, amo?

—He preguntado qué estáis haciendo —insistió Broxtall.

—Oh, cuidando estas hierbas... Sirven para dar mejor gusto a la comida, amo.

—Está bien.

Broxtall cerró la ventana de nuevo y se encaminó al baño. Una vez allí, se situó sobre la báscula y observó con gran aprensión las indicaciones de la aguja que señalaba el peso.

Frunció el ceño. Había ganado siete kilos Un oscuro pensamiento se infiltró de súbito en su cerebro, pero desechó la idea casi de inmediato, a la vez que se echaba a reír. No, ellos no harían una cosa semejante. Lo que sucedía, simplemente, era el resultado de su inactividad. Había ganado peso porque apenas se movía, así de sencillo.

Tendría que hacer régimen, se dijo, y no era la primera vez que se lo proponía. Pero aquel maldito apetito.

Media hora más tarde, sonó en el vestíbulo las estridencias de una campanilla.

—Por fin —exclamó

Ito acudía corriendo. Broxtall extendió una mano.

—Voy a recibir una visita —dijo—. No quiero que os vea, Ito.

—Sí, amo.

—Debéis permanecer escondidos, hasta que yo os avise. ¿Entendido?

—Descuida, amo.

El visitante llegó a la casa unos minutos más tarde y fue conducido a un gabinete de trabajo. Broxtall le ofreció de beber.

—Creí que no llegaría nunca, señor Graham —dijo.

—He tenido trabajo —contestó el visitante con sequedad.

—Bien, el caso es que está aquí —sonrió Broxtall—. Deseo, y espero, hacer un buen trato con usted.

—Eso, depende.

Broxtall hizo un leve gesto con la cabeza. Luego se acercó a la mesa, en donde había algo, cubierto por un trapo blanco. Con gesto melodramático, apartó el trapo y espió cuidadosamente las reacciones del visitante.

Graham se acercó a la mesa y tomó una de las joyas. Sacó un anteojo de relojero, lo sujetó en la cuenca del ojo izquierdo y examinó la joya con toda atención durante unos momentos.

—Está bien, aunque no es una cosa del otro mundo —dijo al cabo. Se quitó el anteojo y miró a su interlocutor—. Diez mil por todo el lote —ofreció.

—Señor Graham —dijo Broxtall tranquilamente—, eso es la vigésima parte del valor total de las joyas.

—Tengo que fundir las monturas inapelablemente, lo cual ya les resta un enorme valor.

Ese collar de perlas, por ejemplo, debe ser dividido en varias partes, cuando no vendidas las perlas individualmente. Algunas de las piedras preciosas deberán ser partidas en dos trozos. Y, por último, no puedo revender el lote mañana mismo. He de dejar pasar mucho tiempo, a fin de dar salida a la mercancía, sin que la «bofia» llegue a sospechar. En resumen, es una inversión bastante onerosa para mí.

—Treinta mil —dijo Broxtall, impávido.

Graham decidió cortar y puso sobre la mesa el maletín de ejecutivo que había traído consigo.

Sonrió ladinamente.

—Aquí hay quince mil —manifestó—. Ofrecí diez mil, con la esperanza de que aceptase, pero veo que no ha sido así. Es mi última oferta, señor Broxtall

Hubo un momento de silencio. Al fin, Broxtall hizo un movimiento de aquiescencia.

—De acuerdo —cedió.

Las joyas fueron a parar a una bolsa de terciopelo, que el previsor Graham había traído consigo. Al terminar, se dispuso a abandonar la casa.

—Cuando tenga otro lote semejante, avíseme —solicitó.

—Tardaré bastante —respondió Broxtall—. Aquel asunto hizo mucho ruido.

—Sí, mucho ruido —convino Graham—. Pero merecería la pena intentarlo otra vez. Si quiere, yo le indicaré...

—Se lo pediré, cuando estime que es la hora. Gracias, señor Graham.

Broxtall acompañó al visitante hasta la verja. Cuando regresaba, Ito le salió al paso.

—¿Por qué lo has dejado marchar? —preguntó, en son de reproche.

Broxtall acarició afectuosamente la monda cabeza del pigmeo.

—Comprendo tus deseos, Ito —respondió—. Pero ese hombre tiene muchos amigos y alguno debe de saber que vino a visitarme. Se extrañaría si viese que no regresaba y podría ponernos en un apuro. No te preocupes; pronto habrá más «cerdo largo».

—Todos lo deseamos, amo —dijo Ito—, El último tenía un sabor horrible. Ni siquiera con las hierbas conseguimos quitarle del todo el gusto a alcohol.

—Buscaré una presa con mejor sabor —prometió Broxtall—. Pero es preciso tener mucho cuidado

—Sí, amo, lo que tú digas. ¿Sabes?, cada vez nos hacemos más sabios e inteligentes; aunque, por supuesto, no alcanzamos a ser como tú.

—Gracias, Ito, gracias por tus elogios —contestó Broxtall, enormemente halagado por las palabras del pigmeo—. ¿Qué me dices de la cena?

—Estará lista muy pronto, amo —respondió Ito, a la vez que hacía una profunda inclinación.

CAPITULO X

De repente, Cleo sintió una viva curiosidad por conocer los motivos de la presencia de Coslar en Eardyne Mills Y sabía cómo conseguirlo.

Coslar estaba acostado en la cama, aunque todavía vestido, con un libro en las manos, cuando, de pronto, oyó unos golpecitos en la puerta de su habitación.

Extrañado, se levantó y abrió, viendo a la chica en el umbral, con un cigarrillo colgado de los labios.

—Como de costumbre, no tengo fuego —dijo ella.

—Aguarda, tengo el encendedor en la mesilla de noche.

Retrocedió y buscó el encendedor. Al volverse, vio que ella había entrado en la habitación y cerraba la puerta.

—El posadero me dijo que buscaba reposo —habló Cleo, satisfecha una vez más de su disfraz.

—Los nervios, ¿sabes? —sonrió Coslar, a la vez que acercaba la llama del encendedor al cigarrillo.

—¿Te los curas solo?

—Es lo mejor, me parece.

—Eso depende de los gustos de cada cual.

Cleo le arrojó el humo a la cara. Coslar la miró críticamente.

Ella se había puesto una blusa de corte holgado y tejido casi transparente. Era fácil ver que no llevaba nada más debajo. En cuanto al resto de la indumentaria, consistía en los pantalones vaqueros de costumbre, aunque ahora estaba descalza.

—No sé a qué te refieres —dijo, cauteloso.

Cleo adoptó una posición provocativa.

—A veces, los nervios se curan mejor con compañía —respondió.

—Puede ser, Carol.

—A menos que la compañía que se busca, sea algo... especial. ¿Eres homosexual?

Coslar respingó, sobresaltado por la franqueza de la pregunta.

—¡No, por todos los diablos! —contestó.

Ella soltó una risita.

—Entonces, eres un bicho raro. Hoy día, todo el mundo lo es. Aunque, algunos, a decir verdad, presumen de serlo, sólo para darse importancia.

—Nunca se me ocurriría decir una cosa tan repugnante, ni aunque fuese cierto — exclamó Coslar malhumoradamente.

—No te enfades, muchacho. —Cleo buscó un cenicero y dejó el cigarrillo con gesto despectivo—. Esto es pura basura, no hace nada al espíritu.

—Lo siento, nunca he fumado otra cosa que tabaco —dijo Coslar, comprendiendo el sentido de las palabras de la joven—. Si quieres... algo más fuerte, tendrás que buscarlo en otra parte.

—Lo que ahora quiero no es tabaco ni «hierba».

—Cleo se le acercó, provocativa—. Si no eres homosexual, adivínalo —agregó, a la vez que se quitaba la blusa. También se quitó los lentes y espió atentamente las reacciones del joven. No, no la había reconocido, admitió, satisfecha—. Bien, ¿qué te parezco?

Coslar tragó saliva.

—Pues...

Con el torso completamente desnudo, Cleo se sentó en una silla y empezó a quitarse los pantalones.

—Estás vestido y eso resulta muy incómodo, cuando se dispone de una buena cama — dijo.

Instantes después, se ponía en pie. Fue hacia el lecho y se tendió en él, con la sonrisa en los labios.

—¿Qué, no te atreves? —preguntó, retadora—. ¿O prefieres que apague la luz?

Coslar dudó un segundo. Luego, sonriendo, empezó a desabotonarse la camisa.

—Lo has puesto demasiado fácil, nena —dijo.

—No son facilidades, sino sinceridad. Me gustas y quiero saborearte.

Pasada la medianoche, se quedaron dormidos, completamente agotados. El sueño hizo que Cleo olvidase momentáneamente sus preocupaciones. Coslar no había soltado todavía prenda, pero estaba segura de que le haría hablar. Sin embargo, a la madrugada, el subconsciente le jugó un mala pasada.

De pronto, Coslar despertó sobresaltado. Junto a él, la chica se agitaba vivamente, a la vez que pronunciaba frases en apariencia incoherentes.

—No... Maldito seas, Farhack... Te haré pagar bien caro... Mataste horriblemente a mi hermana... Gloria, ¿dónde estás...? ¡Corre, huye antes de que sea tarde...! Corre, Farhack quiere asesinarte...

En un instante, Coslar lo comprendió todo Alargó la mano hacia la pera de la luz y las tinieblas se disiparon. A pesar de todo, Cleo continuaba dormida, aunque ahora ya no hablaba. Coslar advirtió el brillo de la cara de la chica, debido a la abundante transpiración.

Se levantó, fue hacia el baño y volvió con un vaso en la mano, para arrojar algunas gotas de agua sobre el rostro de la muchacha. Cleo lanzó un grito y se sentó de golpe en la cama.

—Pero ¿qué...?

Coslar la miró con severidad.

—Has sabido disfrazarte muy bien, pero hablas en sueños —dijo.

Hubo un instante de silencio. Coslar se inclinó hacia la muchacha y tocó sus cabellos.

—Teñidos —dijo—. No es una peluca.

Cleo suspiró hondamente.

—Ahora ya lo sabes, Ringo —contestó.

—Sí, pero tienes que explicarme por qué estás aquí.

—¿Quieres saber la verdad?

—Te lo agradeceré.

—Eso no te importa en absoluto.

—Entonces, callaré...

—Hablaré, Cleo —dijo él firmemente.

Ella extendió los brazos.

—Quiero vengar a mi hermana —manifestó.

Coslar alzó una ceja.

—¿Cómo? —quiso saber.

—En Inglaterra no hay justicia. Yo me haré esa justicia que no existió para la pobre

Gloria.

—Estás loca —bufó el joven—. ¿Quieres acabar como ella?

—Gloria estaba desarmada.

Coslar adivinó la verdad.

—Espera un momento —pidió.

Se puso una bata y salió del dormitorio, para volver a los pocos minutos con un revólver en la mano.

—No consentiré que cometas una locura —dijo.

—Dame esa pistola —pidió Cleo.

—Ni lo sueñes. Ahora mismo te vas a tu dormitorio y te quedas allí, quietecita como una buena chica, hasta que llegue la hora.

—La hora, ¿de qué?

—De castigar los crímenes de Sheamus Farhack.

—De modo que estás aquí por lo mismo.

Coslar chasqueó los dedos.

—Largo, preciosa.

Cleo se levantó y, todavía desnuda, se acercó al joven y lo besó en los labios.

—Eres un chico maravilloso —dijo.

—Si pudiera, te enviaría ahora mismo a Londres —gruñó él.

—Pero no puedes. —Cleo rió alegremente—. Eres un verdadero experto, Ringo.

Agarró la blusa y los pantalones y se dirigió hacia la puerta.

—Ha sido realmente delicioso —se despidió.

Furioso, Coslar arrojó el revólver sobre la cama, maldiciéndose por haber cedido a los encantos de Cleo. Pero ¿quién diablos iba a suponer...?

Encendió un cigarrillo y se tendió de nuevo en la cama, pensando en lo que debía hacer. ¿Era hora de avisar a sir Brandon? La presencia de Cleo podía estropearlo todo.

Finalmente, tomó una decisión: aguardaría veinticuatro horas más.

Y el aviso sería dirigido simultáneamente a sir Brandon y a la policía.

* * *

Desayunaron tarde aquella mañana. Había cierta tirantez entre los dos, a pesar de que Cleo trataba de hacer más llevadero el ambiente. De pronto, se produjo un pequeño revuelo en la calle.

Coslar miró a través de la ventana. La furgoneta del habitante de Plainfield Manor estaba frente a la tienda de Ransome.

—¿Ocurre algo, señor MacCrawe? —preguntó el joven.

—No lo sé, señor Coslar —respondió el dueño de la posada—. Voy a ver si consigo enterarme...

MacCrawe salió a la calle. Un hombre de uniforme hablaba con Broxtall, quien parecía sumamente apesadumbrado. A los pocos momentos, MacCrawe regresó al comedor.

—Una desgracia —dijo—. Aunque todos pensábamos que un día u otro tenía que suceder algo por el estilo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Cleo.

—Bueno...; el borracho del pueblo, Blackie Olson, un vago y un inútil, un verdadero parásito... El señor Broxtall, que reside ahora en Plainfield Manor, intentó ayudarle y le dio un empleo, para que le cuidase el jardín. En los primeros días, Blackie se portó bien, pero luego volvió a las andadas, quiero decir que empezó a darle de nuevo a la botella. El señor Broxtall anunció que le despediría, si seguía por ese camino, aunque también dijo que quería darle una segunda oportunidad.

—¿Y bien? —dijo Coslar.

—Blackie no tenía remedio. Agarró un par de botellas y se marchó. Sus ropas han aparecido junto al río Suponemos que sintió mucho calor, que quiso darse un baño y que la borrachera le impidió nadar..., aunque también puede que sufriera una congelación... Ahora irán unos cuantos para ver si encuentran su cadáver...

MacCrawe meneó la cabeza.

—No es bueno hablar así de un difunto, pero en Eardyne Mills nos sentiremos mucho mejor sin el borrachín de Blackie —añadió.

El posadero se marchó. Coslar y Cleo cambiaron una mirada.

—Ringo...

—Sí, Cleo.

—¿Piensas lo mismo que pienso yo?

Coslar asintió.

—Pensó lo mismo —respondió.

—Blackie no ha muerto ahogado.

—No, no se ahogó en el río.

Cleo apartó su plato.

—He perdido el apetito —declaró—. Dispénsame, pero tengo que subir a mi cuarto un momento, Ringo.

—Muy bien.

Coslar encendió un cigarrillo. Al cabo de unos momentos, decidió salir a la

calle y adquirir más datos sobre un suceso, cuya veracidad no podía divulgar por el momento.

Farhack, a quien todos trataban respetuosamente, estaba hablando con un par de individuos, en la entrada de la tienda. Al cabo de unos momentos, Coslar decidió que no era posible retrasarse más en el aviso y regresó a la posada, en busca del teléfono.

Mientras, Cleo había entrado en la habitación del joven. No le costó demasiado dar con su revólver, que guardó en el bolso que pendía de su hombro izquierdo. Luego, con el aire despreocupado que había adoptado habitualmente, volvió a bajar y salió a la calle.

Nadie prestaba atención a sus movimientos. Alguien gritó y un grupo de hombres se puso en marcha hacia un camión de caja descubierta, que arrancó a los pocos minutos.

En aquel momento, la furgoneta quedaba aislada. Simulando indiferencia, Cleo se acercó a la zaga, abrió rápidamente una de las puertas y se coló en el interior. Había allí algunos bultos y buscó el lugar más alejado de la puerta, tendiéndose en el suelo tras las cajas, para no ser vista. Esperó pacientemente.

* * *

Mavis se sentía muy nerviosa. Habían pasado casi dos semanas y en todo el tiempo no había tenido noticias de Coslar. Un par de veces había llamado a sir Brandon y las respuestas del antropólogo habían sido idénticas en ambas ocasiones: Tampoco sabía nada del joven.

Por eso estaba aquel mediodía en la puerta de Gwengleagh Castle, aguardando impaciente a que alguien contestase a su llamada. Al fin, vio aparecer el rostro conocido del mayordomo.

—Deseo hablar con sir Brandon —manifestó la joven.

—Lo siento, señorita Skrane —respondió Clayton—. Sir Brandon salió de viaje esta mañana, hace un par de horas.

—¿Sabe adónde se dirigió, Clayton?

—El señor no me dijo nada, aunque me pareció advertir en él cierta prisa, señorita.

Mavis se mordió los labios. Si Lardell había abandonado precipitadamente Gwengleagh Castle, sólo podía deberse a un motivo: había noticias de Coslar.

Y ella sabía dónde encontrar a Coslar. Sí, iría a buscarlo inmediatamente.

—Gracias, Clayton —dijo como despedida.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el coche. Aún tenía por delante tres horas de carretera, pero no le importaba en absoluto. Aunque fuesen treinta, se dijo, a la vez que accionaba la llave de contacto.

CAPITULO XI

Coslar consultó su reloj. Era ya la una de la tarde. Sir Brandon no podía tardar mucho en llegar.

Estaba sentado en el comedor, junto a una de las ventanas que daban a la calle.

MacCrawe se le acercó de pronto con una jarra de cerveza en la mano.

—Me imagino que tiene sed —sonrió el posadero.

—No mucha, aunque se lo agradezco —dijo Coslar—. ¿Hay más noticias sobre Blackie?

—Están dragando el río, aunque mucho me temo que no encontrarán nada. La corriente es muy rápida en algunos puntos; en otros, hay remansos muy profundos...

Hace años se ahogó un buen amigo mío y todavía es la hora en que hemos de encontrar su cuerpo, señor Coslar.

—MacCrawe hizo una mueca.

—No es que Blackie sea una persona a la que hayamos de echar de menos, pero creo que se merece la digna sepultura de un buen cristiano —agregó.

—Desde luego —convino el joven.

El posadero inició la retirada, pero, de pronto, volvió de nuevo junto a la mesa.

—Señor Coslar, esa chica... Me refiero a la señorita Manning... ¿No le parece un poco rara?

—Algo sí es, aunque no haga demasiado caso de sus excentricidades. Ya sabe lo que son los jóvenes de hoy día, Edwin.

—Sí, pero me parece que ella se pasa de la raya. Yo me pregunto por qué diablos ha tenido que esconderse en la furgoneta del señor Broxtall.

Coslar se puso rígido en el acto.

—¿Cómo dice, Edwin?

—Ya lo ha oído. Vi que se escondía en la furgoneta, sin que el señor Broxtall se diese cuenta. Yo no le he dicho nada y ahora me pesa; quizá sea una ladrona

—Tendríamos que llamar por teléfono a Plainfield Manor, ¿no le parece?

MacCrawe hizo un gesto negativo.

—No hay teléfono en el Manor —contestó.

Coslar se mordió los labios. Había dicho una tontería, reconoció. Suponiendo que hubiese habido teléfono, tampoco habría podido utilizarlo; Broxtall habría sabido así que Cleo se había introducido en su residencia y las consecuencias hubieran resultado funestas para la muchacha.

De pronto, antes de que hubiese tenido tiempo de tomar una decisión, vio que se detenía un coche ante la posada.

—Dispense un momento, Edwin —rogó, a la vez que se levantaba, para recibir a sir Brandon, que se apeaba del coche en aquel momento.

Lardell alargó la mano hacia el joven.

—Sí, señor —contestó Coslar—. ¿Quiere pasar, por favor?

Lardell asintió. Coslar le guió hasta su mesa. MacCrawe se acercó al instante.

—¿Desean tomar algo los señores? —consultó.

Coslar miró al antropólogo.

—Jerez, por favor —dijo Lardell.

—Cerveza para mí, Edwin —pidió Coslar.

—Muy bien, señores.

El joven aguardó a que MacCrawe hubiera servido las bebidas. Al quedar solos, dijo:

—Se hace llamar Broxtall; no hay duda, sir Brandon. Y sé que, por lo menos, ha habido otra víctima en Plainfield Manor. Pero todavía hay noticias mucho peores.

—¿Si, Ringo?

—Una chica, la hermana de Gloria Moore, ha ido subrepticiamente al Manor, para vengarse de Farhack. Traté de disuadirla y creí haberlo conseguido, pero ella...

Coslar hizo un puntual relato de todo lo acontecido durante su estancia en Eardyne Mills. Al terminar, sir Brandon aprobó con repetidos movimientos de cabeza.

—Muy bien, lo ha hecho usted magníficamente —dijo—. Ahora voy a pedirle un favor, Ringo.

—Sí, señor; lo que usted quiera.

—Por supuesto, usted ha tenido muchos gastos, aparte de que se ha visto obligado a abandonar su trabajo durante algún tiempo. Quiero resarcirle de esos gastos.

—Por favor, sir Brandon...

—No se hable más. —Lardell sonrió, a la vez que sacaba su billetera—. Quiero expresarle mi gratitud y sólo veo una forma de hacerlo.

Coslar tomó el cheque que le entregaba el antropólogo Al leer la cifra escrita, soltó una exclamación de asombro:

—¡Por Dios! ¡Dos mil libras es demasiado, sir Brandon!

Lardell alargó la mano y contuvo el gesto que Coslar hacía para devolverle el cheque.

—Acéptelo, se lo ruego —insistió—. Usted me ha hecho un gran favor... y aún tiene que hacerme otro.

—Diga, señor.

Lardell consultó su reloj.

—Voy a aguardar todavía una hora antes de dirigirme a Plainfield Manor. Quiero que usted vaya hacia las nueve de la noche. ¿Lo hará?

—Sí, señor.

—Entonces, le daré instrucciones...; las instrucciones finales, Ringo.

Coslar asintió. Se preguntó qué diría el antropólogo si supiera que también

había avisado a la policía. Pero no estaba muy seguro de la actitud de los servidores de la ley; en el agente que le había atendido, creía haber observado cierto tonillo entre escéptico y burlón. No estaba muy seguro de que su denuncia hubiera surtido los efectos apetecidos.

—Iré allí a las nueve, señor —prometió con grave acento.

* * *

Hacía rato ya que la furgoneta se había detenido y Cleo creyó llegado el momento de abandonar su escondite.

Con grandes precauciones se acercó a la zaga v abrió una de las puertas. Todo estaba en silencio no se percibía el menor sonido, salvo el leve susurro de las hojas de los árboles, al ser agitadas por la brisa.

Con gran cautela, saltó al suelo y avanzó hacia la puerta de la mansión. Pegada la oreja a la cerradura, trató de captar algún ruido, pero no consiguió el menor resultado.

Entonces, movió el gran picaporte de hierro forjado y abrió muy despacio.

Avanzó por el interior cautelosamente, paso a paso, con la mano metida en el bolso, empuñando el revólver, dispuesta a usarlo al menor signo de sospecha Sí, Gloria debía ser vengada a toda costa. Aquel siniestro archicriminal no debía seguir viviendo un minuto más.

Segundos más tarde, abrió una puerta y se encontró en una espaciosa biblioteca, en la que no había nadie. Dudó unos instantes y, de súbito, sintió en su brazo la presión de una mano de dedos de acero.

Otra mano tapó su boca instantáneamente. Cleo forcejeó, pero todo resultó inútil. Al cabo de unos segundos, dándose cuenta de la esterilidad de sus esfuerzos, dejó de moverse.

—Así está mejor —dijo el hombre que tenía a sus espaldas.

La mano de Farhack aumentó su presión. Cleo emitió un gemido de dolor.

Instintivamente, aflojó los dedos y soltó el revólver, que pasó en el acto a poder del hombre.

Entonces, Cleo sintió un fuerte empujón y cayó sobre una butaca, sin poder evitarlo. Al volverse, divisó a

Farhack parado a dos pasos de distancia, apuntándola con su propio revólver.

—Hace días que la observo a usted, señorita —dijo el sujeto—. Francamente, esperaba una cosa como la que acaba de suceder.

—Usted no ha podido verme...

Farhack sonrió.

—No se encogió tanto dentro de la furgoneta y detrás de los bultos. Uno de sus pies quedaba al descubierto —contestó. Movió la mano bruscamente y Cleo, asustada, lanzó un gritito de pavor—. ¿Quién es usted? —preguntó Farhack imperativamente—. No, no me diga que se llama Carol Manning; de sobras me imagino que es un nombre falso.

Respóndame con la verdad o la mataré aquí y ahora mismo.

—Mi verdadero nombre es Cleo Moore. Yo tenía una hermana; se llamaba Gloria.

Farhack entornó los ojos.

—La hermana de Gloria —murmuró—. Pero no se parece en absoluto. Aunque apostaría algo a que está disfrazada, ¿verdad?

Cleo apretó los labios. Farhack hizo un gesto con la cabeza.

—Levántese —ordenó.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó Cleo.

—Lo sabrá muy pronto, señorita entrometida.

—Sin duda, ordenará que me maten y mi cuerpo servirá de alimento a sus repugnantes pigmeos.

—¿Cómo lo sabe? No, no es necesario que me conteste... Entre ahí —dijo Farhack, a la vez que señalaba una puerta situada en una de las paredes de la biblioteca.

Cleo obedeció, encontrándose de inmediato en una especie de cuartito trastero, sin ventanas ni muebles de ninguna clase. Probablemente, había servido en tiempos para almacén de libros que no cabían en los estantes, pero ahora se hallaba completamente vacío y lleno de polvo.

La puerta se cerró de golpe y Cleo quedó a solas, con las tinieblas y el terror.

Acto seguido, Farhack abrió el cajón de una mesa y lanzó allí el revólver. Luego se encaminó al salón.

Abrió la puerta. Los seis pigmeos aguardaban allí en silenció

Farhack arqueó las cejas.

—¿Qué pasa, Ito? —preguntó.

—Es la hora, amo —contestó el interpelado.

—¿Cómo? No entiendo...

—El «cerdo largo» se ha acabado hace días. No has hecho nada por proporcionarnos otro.

—Bueno, ya tengo uno dispuesto...

—Nosotros también, amo.

Hubo un momento de silencio, denso, ominoso. La nuez de Farhack subió y bajó espasmódicamente.

—Ito... —dijo al cabo.

El pigmeo se inclinó gravemente.

—Queremos tu sabiduría, amo —solicitó con respetuoso acento.

Los ojos de Farhack recorrieron uno a uno los seis diminutos rostros que tenía en semicírculo ante sí. Vio las brillantes hojas de acero y supo que Ito había dicho la verdad

Era su hora.

No tenía escapatoria. Si intentaba huir, los pigmeos saltarían sobre él y le vencerían por la fuerza del número

Lentamente, se irguió.

—Es mi hora —dijo—. Pero antes quiero hacer algo.

—Tienes derecho, amo —accedió Ito.

Muy despacio, Farhack se acercó a una gran consola, en dónde había numerosas botellas, destapó una y vertió el contenido hasta la mitad del vaso alto. De espaldas a los pigmeos, dijo:

—Esperad hasta que haya perdido el conocimiento y un cuarto de hora más. De este modo, no me haréis sufrir. ¿Me lo prometes, Ito?

—Te lo prometo, amo.

Farhack destapó a continuación otro botellín y lo inclinó sobre el vaso. Un líquido denso, de aspecto siruposo, se mezcló con el whisky. Farhack aguardó hasta que el frasquito quedó completamente vacío. Entonces, removió el contenido con una carilla de cristal.

Luego, con el vaso en la mano, se volvió hacia los pigmeos.

—Me habéis servido bien. Mi sabiduría será vuestra.

Los seis caníbales se inclinaron ceremoniosamente.

—Sí, amo —dijeron seis bocas al mismo tiempo.

Farhack bebió lenta, morosamente, hasta vaciar por completo el vaso. Luego se acercó a un gran carillón y señaló con el índice un punto de la esfera.

—Esperad hasta que la aguja mayor esté aquí —dijo.

—Esperaremos, amo —contestó Ito.

Un minuto más tarde, Farhack se desplomó al suelo. Los seis pigmeos permanecieron inmóviles durante el cuarto de hora siguiente. Cuando la aguja del minutero llegó al punto indicado por Farhack, los seis, a una, alzaron el cuerpo inanimado y lo llevaron a la cocina.

CAPITULO XII

Hacía ya más de una hora que sir Brandon había tomado el camino de Plainfield Manor.

Coslar lanzó una mirada impaciente a su reloj. Todavía eran las tres de la tarde. Aún faltaban seis horas para acudir al encuentro del antropólogo. Se preguntó si la policía acabaría por hacer acto de presencia. Empezaba a desconfiar de la actitud de los representantes de la ley.

De pronto se paró un coche frente a la posada. Enormemente asombrado, Coslar reconoció a la conductora.

—¡Por todos los diablos!

Mavis se apeó, con evidentes señales de fatiga en el rostro. Coslar corrió a su encuentro. Ella se le abrazó apasionadamente.

—Dios mío, estás bien...

—Claro que estoy bien —respondió Coslar—. No me ha sucedido nada.

Mavis le miró ansiosamente.

—En todo este tiempo, no he tenido noticias tuyas —le reprochó.

Coslar pasó un brazo por la cintura de la joven.

—Anda, entra; será mejor que tomes algo —aconsejó—. Ya tendrás tiempo de darme de bofetadas y puntapiés más tarde.

—Oh, Ringo, aquel día me hiciste perder la cabeza...

MacCrawe llegó oportunamente y Coslar le encargó té y pastas.

—Al momento, señor.

Mavis se quitó el pañuelo que cubría sus cabellos.

—Bien, ¿qué me cuentas, Ringo?

—Sir Brandon ha ido a Plainfield Manor

—Me lo figuraba. Fui a Gwengleagh Castle y Clayton me dijo que su amo había salido para Eardyne Mills. Por eso estoy ya aquí.

—Me ha pedido que aguarde hasta las nueve de la noche. No sé si podré resistir tanto, Mavis.

—¿Por qué a las nueve, Ringo?

—No lo sé, querida. Me lo dijo así..., aunque no estoy seguro de obedecerle. Hay algo que no acaba de gustarme en su actitud. Parece un hombre maravilloso..., pero desconfío de él, francamente.

—Entonces, lo mejor sería ir ahora mismo al Manor, ¿no te parece?

MacCrawe llegaba en aquel momento con una bandeja en las manos.

—Lo mejor será que repongas fuerzas —aconsejó el joven—. Y hasta te convendría un baño. Se te nota muy fatigada, Mavis.

—Figúrate, Ringo, Son más de las tres de la tarde y estoy desde las siete y media en la carretera —respondió ella, a la vez que atacaba ávidamente el té y las pastas.

—Entonces, no se hable más. Descansarás un poco y, al atardecer, iremos a Plainfield Manor. Espero encontrar viva a Cleo Moore —dijo Coslar

sombríamente.

Mavis se llevaba una pasta a la boca en aquel momento y suspendió el gesto instantáneamente.

—Has dicho Cleo Moore —exclamó.

—Sí —confirmó él malhumoradamente—. Me la encontré aquí, disfrazada de hippie o qué sé yo..., pero dispuesta a vengar a su hermana Gloria.

—Y está en la casa de ese monstruo.

—Se metió en su furgoneta, donde transportaba a los pigmeos, ¿sabes? Pero me imagino que no saldrá hasta la noche; por eso me siento tranquilo hasta cierto punto.

Mavis le miró atravesadamente.

—Entonces, por eso no me llamaste por teléfono una sola vez —dijo, acusadora.

—No, no es verdad. Simplemente, no quería que nadie pudiera escuchar nuestra conversación. Farhack parece muy apreciado en el pueblo y yo temía que alguien le avisara.

—Pero sí llamaste a sir Brandon —adujo Mavis.

—Oh, fue una conversación muy breve. Simplemente, le dije que sus informes eran ciertos. Nadie podía sacar deducciones gratuitamente, ¿comprendes?

—Y Cleo, ¿cómo demonios lo supo?

Coslar se rascó la mejilla pensativamente.

—Tendremos que preguntárselo a ella —respondió.

—Si está viva cuando lleguemos, Ringo.

—Tengo cierto optimismo al respecto. Farhack no cometerá la imprudencia de asesinarla en pleno día. Sabe que se aloja en la posada y querrá hacer las cosas de modo que no se le pueda culpar, como hizo con Blackie Olson, su última víctima.

—¿Otra más? —se asombró Mavis.

—Sí...; pero, anda, ve a descansar un rato. A las cinco y media en punto subiré a buscarte.

Mavis se puso en pie.

—No se te ocurra la idea de marcharte sin mí —dijo con severo acento.

Coslar sonrió suavemente.

—Vendrás conmigo a Plainfield Manor —aseguró.

* * *

Sir Brandon Lardell llegó al Manor y abrió la puerta. El amplio vestíbulo aparecía completamente desierto y en el interior del edificio había un silencio absoluto.

Sin embargo, había hecho algo de ruido y uno de los pigmeos apareció a los pocos instantes. Reconoció a Lardell y se detuvo tras un leve gesto de sorpresa.

—Al fin has venido —dijo Ito.
Lardell movió la cabeza.
—Aquí estoy —contestó.
—Te aguardábamos —manifestó Ito llanamente.
—Gracias. ¿Y él?
En los delgadísimos labios de Ito apareció una ligera sonrisa.
—Cedió —repuso.
Lardell alzó las cejas.
—¿Luchó?
—Comprendió que había llegado su hora y no se resistió.
Lardell emitió un suspiro de alivio.
—Ahora yo soy vuestro amo —dijo.
—Sí pero ya conoces nuestras condiciones. Tendrás lo que deseas, si las cumples.
—Las cumpliré, Ito.
—Entonces, aguarda en el salón. Te avisaremos.
—Muy bien.
Ito se marchó. Lardell se encaminó hacia el salón y buscó la consola de los licores.
Vagamente, divisó un frasquito vacío, pero no le prestó ninguna atención. Eligió una botella de buen whisky escocés y se sirvió una generosa ración. Luego, con el vaso en una mano y un cigarro en la otra, se sentó en un butacón y cruzó las piernas.
En su encierro. Cleo no se atrevía a despegar los labios, llena de pánico.
Afortunadamente para ella, Farhack le había dejado el bolso, en donde tenía fósforos, por medio de los cuales había podido explorar e! interior del cubículo. Arriba, junto a uno de los rincones, había un pequeño orificio, por donde, sin duda, en tiempos pretéritos, había pasado algún tubo de calefacción. Aquel agujero comunicaba con un lugar en donde se oían unos ruidos horripilantes, mezclados con rápidas palabras que brotaban de la garganta de los pigmeos, que conversaban animadamente entre sí, en su ininteligible idioma.
Uno de los ruidos que Cleo había podido escuchar era el de una sierra al cortar algo que parecía madera. Pero un oscuro instinto la decía que la sustancia que cortaba aquella sierra no era precisamente madera.

* * *

A la declinante luz del crepúsculo, Coslar y Mavis pudieron divisar la verja que les cortaba el paso al interior del parque. Coslar se apeó, fue hacia la puerta cerrada y la sacudió con ambas manos fuertemente.
Con gran sorpresa suya, la puerta cedió sin dificultad. Extrañado, pero satisfecho, se volvió hacia Mavis.
—Ven —llamó, con un ademán.

La joven se apeó.
—Alguien se ha olvidado de cerrar —dijo.
—Circunstancia afortunada para nosotros. ¿Vamos?
—¿A pie?
—Podrían oír el ruido del motor.
—Sí, tienes razón.
La luz del día decrecía con rapidez. Caminaron con paso rápido, por el borde del sendero que conducía casi rectamente hacia la casa, en la que ya se advertían algunas luces encendidas. Desde la verja de entrada había casi un kilómetro de distancia.
Cuando llegaron a las inmediaciones, era completamente de noche. De súbito, Coslar percibió rumor de voces que salían a través de una ventana parcialmente abierta
—Cuidado —dijo con un siseo.
Agarró la mano de Mavis y siguió andando. Momentos después, llegaban al pie de la ventana. Entonces, presenciaron un espectáculo indescriptible.
Coslar se dio cuenta de que Mavis podía gritar y le tapó la boca con una mano. Ella tenía los ojos espantosamente abiertos, incapaz de dar crédito a lo que estaba presenciando.
Sir Brandon y los pigmeos se hallaban sentados en torno a una mesa, sobre la cual, en el centro, había una enorme bandeja repleta de grandes trozos de carne asada. Sir Brandon lo hacía con más mesura, pero era evidente que no disfrutaba menos del siniestro banquete
Lardell presidía la mesa. En el extremo opuesto, sobre otra bandeja, situada sobre la base de su cuello, había una cabeza humana, con los ojos muy abiertos. Entre sus cárdenos labios se veía el color verdoso de unas hierbas de extraño aspecto.
De pronto, Coslar sintió que Mavis se desmadejaba en sus brazos. Compasivamente, la dejó en el suelo. Lo mejor que podía pasarle era que perdiera el sentido, se dijo.
—Esas hierbas le dan un gusto extraño, pero muy agradable —dijo de pronto sir Brandon.
—Las cultivamos nosotros —respondió uno de los pigmeos, en un inglés bastante aceptable—. Además de mejorar el sabor, abren el apetito.
—¿Lo supo Farhack?
—Cuando notó que aumentaba de peso. Pero ya era demasiado tarde.
Sir Brandon sonrió, a la vez que alzaba su copa.
—¡Que la sabiduría de Farhack entre en vuestras mentes! —exclamó.
Ito alzó también su copa.
—Y en la tuya, amo.
Lardell bebió y se limpió los labios cuidadosamente con la servilleta. Luego dijo:
—Después os enseñaré el mapa y me indicaréis dónde está lo que busco.
—Sí, amo —repuso Ito.

De repente, uno de los pigmeos, lanzó un horrible aullido, a la vez que se ponía en pie, con las manos crispadas sobre el estómago. Lardell volvió la vista hacia el diminuto individuo.

—Sikt, ¿qué te ocurre?

Otro de los pigmeos cayó de espaldas por el suelo, revolcándose con furiosos espasmos. Lardell, con el ceño fruncido, se puso en pie.

Coslar contemplaba la escena, con los ojos a ras del antepecho de la ventana, sin atreverse a respirar siquiera. En menos de diez segundos, todos los pigmeos cayeron al suelo, en medio de espantosas convulsiones.

Lardell parecía atónito. Súbitamente, una mueca de dolor deformó sus facciones. Se agarró el vientre con ambas manos, doblándose sobre sí mismo, y estuvo así un segundo, para caer de nuevo hacia atrás, sentado en el sillón. Sus piernas, sin embargo, se agitaban enloquecidamente, a la vez que roncos sonidos brotaban de su garganta y una repugnante espuma aparecía en sus labios.

Al cabo de unos segundos, pareció reunir fuerzas suficientes para ponerse en pie y caminar hacia la consola de los licores. Coslar le vio coger un frasquito de vidrio y contemplarlo un momento y luego arrojarlo contra el muro, con sus últimas fuerzas.

Mientras el frasquito se rompía en mil pedazos sir Brandon se deslizaba lentamente hacia el suelo, en donde, a los pocos segundos quedó completamente inmóvil, lo mismo que los pigmeos, muertos todos por alguna causa que a Coslar le resultaba en aquellos momentos absolutamente incomprensible.

Sobre la mesa, las hierbas se desprendieron de los labios de la cabeza de Farhack y cayeron a la bandeja, Coslar miró en aquella dirección y sintió un terrible escalofrío. ¿Era una sonrisa de burla lo que veía en la boca de Farhack?

Mavis se quejó en aquel momento y Coslar se arrodilló para atenderla.

—Calma, no grites —dijo—. Todo ha pasado ya.

Un par de coches llegaron en aquel momento. Muy oportunamente, pensó Coslar, al ser enfocado por los faros del primero de los automóviles. Al fin, se dijo, la policía había creído sus informes.

* * *

—Cleo está en un sanatorio y pasará allí algunas semanas, hasta que se reponga del todo —dijo Coslar algunos días después, mientras aceptaba la taza de té que le tendía

Mavis—. No vio nada, pero, a través del hueco oyó cosas horripilantes.

—Estoy pensando en que sir Brandon nos utilizó como instrumento suyo y no precisamente de venganza —murmuró ella.

—Sí. Todo cuanto nos contó era mentira en su mayor parte, si bien la rivalidad entre él y Farhack era algo absolutamente verídico. Pero no se

trataba de celos científicos.

Cuando encontraron la tribu de pigmeos, les hablaron de un lugar donde abundaban las esmeraldas como los guijarros en un río. Primeramente pensaron se trataba de una leyenda; luego pudieron comprobar que era verdad, pero entonces, al advertir su codicia, el jefe empezó a ponerles dificultades para que abandonaran el lugar cuanto antes. Farhack lo hizo en primer lugar; había conseguido un gran ascendiente sobre los pigmeos y pudo traerse un par de esmeraldas, con el importe de cuya venta pudieron vivir algún tiempo. Después, vino la idea de buscar socio capitalista bueno, ya lo sabes mejor que nadie, y cuando eso se agotó, concibió la idea de instruir a uno de los pigmeos para robar joyas, como sucedió en el caso de Eunice Brown-Hartley.

»Parece ser que los pigmeos querían adquirir sabiduría, para regresar a su isla y convertirse en un grupo de jefes, con autoridad indiscutible. Mientras, fingían ser fieles servidores de Farhack... y luego de sir Brandon. En realidad, resultaron ser más listos que ellos, salvo por un detalle.

—¿Cuál, Ringo? —preguntó Mavis.

—El veneno que tomó Farhack y que impregnó su carne. Lo hizo, porque sabía que iba a morir irremisiblemente, sabía que sir Brandon le pisaba los talones y e daba cuenta de que su hora ya le había llegado. Pero no quiso que su rival disfrutase de la victoria ni tampoco que los pigmeos pudieran enseñar algún día a su rival el lugar donde estaban las esmeraldas.

—Tengo la impresión de que sir Brandon se entrevistaba secretamente con ellos, ¿no es así?

—Cierto —confirmó el joven—. Sir Brandon llegó a la conclusión de que para Ito y sus congéneres, Farhack había agotado ya su crédito y les convenció de que lo asesinaran.

—Pero él participó en el fatídico banquete...

—Se lo impusieron los pigmeos como condición ineludible, para darle las esmeraldas.

Cleo lo oyó todo a través del tubo.

—Algunas cosas son nuevas para mí —observó la muchacha.

—He hablado extensamente con uno de los colaboradores de sir Brandon. Él fue quien me contó muchos detalles de los pigmeos y de la expedición científica. A decir verdad, sir Brandon perseguía enconadamente Farhack.

—Y, al fin, logró alcanzarlo.

—Y fue alcanzado a su vez.

Callaron un momento. Luego Coslar miró oblicuamente a la joven.

—Mavis.

—Dime, cariño.

—¿Piensas seguir trabajando como modelo?

—El empleo es bueno y el trabajo no mata. Se gana bastante Ringo. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno, una vez me mostré dispuesto a casarme contigo y me echaste de

tu casa a bofetadas y puntapiés...

—Si repites la proposición, te contestaré de una forma muy distinta, querido —dijo ella, con los ojos brillantes Coslar sonrió.

—¿Quieres casarte conmigo, Mavis?

La joven se sentó de inmediato en sus rodillas y le abrazó cálidamente.

—No puedo decir que no —suspiró.

FIN